

Repertorio Americano

CUADERNOS DE CULTURA HISPANICA

Tomo XLII

San José, Costa Rica

1947

Sábado 24 de Abril

No. 27

Año XXVII — No. 1911

LA VIDA DE O'HIGGINS

DE EUGENIO ORREGO VICUÑA

(En el Rep. Amer.)

La ilustre figura del libertador y padre de la independencia chilena, don Bernardo O'Higgins, mal apreciada hasta hoy en los países americanos, ha encontrado a su verdadero y definitivo biógrafo.

En el siglo pasado se ocuparon de ella nuestros principales historiadores, pero fué Vicuña Mackenna el que mejor la conoció y estudió. Débese a este fecundo e ilustre historiador, que es, también, uno de los más grandes escritores americanos, el más importante libro que sobre el prócer se haya publicado anteriormente y corresponde hoy a su nieto Eugenio Orrego Vicuña el honor de haber escrito la obra definitiva sobre O'Higgins, la que mejor retrata al vencedor de Chacabuco y al fundador de la República de Chile.

Esta tarea, difícil en grado máximo, requería para su éxito una pluma excepcional y la consagración de muchos años.

Eugenio Orrego Vicuña, nieto de Vicuña Mackenna, como queda dicho, es hijo de otro escritor, que comparte con don Alberto Blest Gana el cetro de la novela Chilena, de don Luis Orrego Luco, mi viejo amigo, a quien siempre he considerado como el más ameno y brillante de nuestros literatos contempo-

ráneos, en el género a que se dedicara. A esos nombres pueden añadirse los de otros dos deudos suyos que cultivaron las letras y murieron en plena juventud: Benjamín Vicuña Subercarseaux y Benjamín Orrego Vicuña. Ello sin contar al doctor don Augusto Orrego, Luco, uno de nuestros grandes oradores.

Herederó, pues, de dos ilustres dinastías intelectuales, que llenan algunos de los mejores y más luminosos capítulos de nuestra historia literaria, Eugenio Orrego Vicuña ha conquistado un nombre que es vastamente apreciado en Sud América, especialmente en la República Argentina, en donde se han publicado sus obras recientes, alcanzando algunas, como la *Vida de San Martín*, varias ediciones. Historiador acucioso, dotado del poderoso don evocador que tanta gloria diera al autor de la *Historia de Santiago* y de la *Vida de Don Diego Portales*, con una cultura excepcional en las materias de su predilección, estaba destinado a escribir sobre O'Higgins un libro que será considerado clásico en nuestras letras, la obra de cabecera de todos los chilenos.

Puede añadirse, de paso, que Orrego Vicuña no es sólo un historiador brillante y



Bernardo O'Higgins

fecundo, sino también un gran ensayista y un autor dramático que figura a la cabeza del teatro chileno contemporáneo. En este terreno ha sido el fundador del drama histórico nacional, género en el que la parte imaginativa se subordina a lo histórico, dándole una verdadera primacía. Orrego Vicuña, en efecto, en sus dramas *Carrera* y *San Martín*, hace hablar a sus personajes el lenguaje que tuvieron, los hace decir lo que realmente sintieron y pensaron, los resucita con sus odios y amores, con sus grandezas y sus pasiones.

A estas obras hay que sumar su drama sacro sobre Jesús, *El Reino sin término*, que es única en su género, según creo, y, a juicio de los entendidos, será considerada como la mejor obra de su teatro.

Como historiador, ha enriquecido nuestra literatura con cinco libros sobre el Libertador de Chile, el primero de los cuales, *El Espíritu Constitucional de la Administración O'Higgins*, presentado como Memoria de Licenciatura cuando se recibió de Abogado, es un aporte notabilísimo al estudio del derecho público chileno; con motivo de este triunfo, siendo el autor muy joven, don José Toribio Medina, el más grande polígrafo de nuestro Continente, organizó un banquete en su honor al que concurrieron casi todos los miembros de la Academia Chilena, que eran en su mayoría figuras connotadas.

Escribió después tres obras sobre San Martín, el gran amigo de O'Higgins y su Vida de Don Andrés Bello, que alcanza varias ediciones y está considerada en Sud-América como una obra clásica.

En 1943 publicó la primera serie de sus *Hombres de América*, obra que comenté en una carta publicada en *El Mercurio* de Santiago.

ESTA CARTA...

Santiago, Enero 13 de 1947.

Señor D. J. García Monge

Director de Repertorio Americano

Costa Rica.

Distinguido amigo:

Desde mi reducto silencioso de la Universidad de Chile sigo con atención sus actividades americanistas y leo siempre su Repertorio Americano, que es una de las poquísimas publicaciones que honran a nuestro Continente y mantienen una línea recta, con menosprecio de todo oportunismo.

Siento no haber colaborado más y me propongo hacerlo en lo futuro con menos intervalo. Entre tanto me es grato enviarle, como primicia exclusiva, el prólogo que el Presidente Alessandri ha escrito para mi libro O'Higgins, que imprime Losada en Buenos Aires.

Este ensayo de Alessandri, constituye un verdadero mensaje de reivindicación histórica para la memoria del gran Libertador y demócrata americano que fué Bernardo O'Higgins.

Creo que Repertorio Americano es la mejor tribuna que pueda tener esta página histórica.

Es lamentable el aislamiento en que vivimos, en plena era «atómica», los que en América mantenemos un ideal común de unidad, de decencia y, sobre todo, de libertad y de paz.

Acepte, con mis mejores augurios para el año que comienza, un cordialísimo saludo de su amigo de Chile

EUGENIO ORREGO VICUÑA
Villavicencio 361.

P. D.—«Recibe Ud. nuestras publicaciones? Le incluyo un catálogo, a fin de que me indique lo que pueda interesarle.

Pero volvamos a la vida de *O'Higgins*, que es y será su obra maestra.

Orrego la ha escrito en estilo vigoroso, impresionante por su precisión y elegancia. Se realza en sus páginas la vida del gran chileno y se pinta con precisión y colorido, con sus máximos e interesantes detalles, el movimiento y desarrollo del proceso histórico de nuestra independencia y de los primeros pasos de la vida libre encaminados a crear y cimentar la república sobre sólidas bases.

Se destaca con originalidad y hondura la génesis de la epopeya de la liberación, de cada uno de los hechos y sucesos que, como eslabones sucesivos, iban construyendo aquel magnífico edificio de la libertad de un pueblo.

Un ambiente de estricta verdad y un juicio profundo y certero sobre los orígenes, desarrollo y resultado de los sucesos, iluminan las páginas del libro y establecen una verdadera filosofía del proceso histórico, que enseña, hace meditar y atrae con la fuerza de la verdad.

A cada paso campear frases llenas de profundidad, que hacen meditar. El autor, en todas ellas, se muestra escritor, filósofo y pensador, que estudia la profunda influencia de factores ancestrales en la vida de los hombres y las transformaciones que experimenta su psiquis en el roce con la vida, como también los factores sociales que los rodean.

Describiendo con emocionante y profunda sencillez el cuadro conmovedor de los últimos momentos de la vida del héroe, que lanzó como postrera palabra, al expirar, «Magallanes», Orrego Vicuña dice: «Después de haberle dado a su patria toda la vida, el Libertador quiso consagrarle su último pensamiento».

Pensamiento, verdad suprema y frase hermosísima, que pone nuevamente en evidencia al escritor de alto vuelo, al pensador y al filósofo que escruta con precisión la verdad honda de la vida de un hombre y el proceso grande y maravilloso de su existencia.

En cada página de este estudio, se encuentran frases, pensamientos, verdades y

afirmaciones que atraen, conmueven, enseñan; que revelan el encadenamiento y razón de hechos y procesos personales e históricos que explican las causas íntimas de la epopeya de nuestra liberación y la naturaleza y personalidad de quienes la forjaron.

Orrego Vicuña no ha hecho una biografía aislada o concretada al personaje y a su vida, como es usual en los biógrafos, sino más bien una historia completa de la época; que sirve de marco y de explicación al héroe central y permite al lector conocerlo en su verdadero escenario. Siempre he pensado que lo general debe primar, que las personalidades históricas, por grandes que sean, debe subordinarlas el autor al cuadro general de la época, que es donde podemos comprenderlas y explicarnos sus actos. Quien, como yo, ha tenido por dos veces el honor de ocupar el sillón de *O'Higgins*, sabe por experiencia que los actos históricos de los mandatarios y de los estadistas se relacionan tan estrechamente con el clima político en que actuaron y con el cuadro general de su tiempo, que resulta imposible juzgar y apreciar esos actos separándolos de estos factores esenciales del clima y de la época. Creo que cuando los historiadores futuros quieran estudiar mi modesta labor de gobernante, tendrán que proceder con el criterio de Eugenio Orrego Vicuña en el caso de nuestro héroe máximo.

Orrego estudia a fondo el tiempo de *O'Higgins*, poniendo luz en los más tenebrosos rincones del pasado. Nada escapa a la penetración profunda del historiador y del filósofo. En capítulos escritos con arte incomparable, en que el artista se coloca a la altura del investigador, evoca el período de la Independencia en todos sus aspectos, estudia y analiza con hondura los factores psicológicos, las corrientes políticas, el derecho público en la patria naciente, las directivas internacionales del gobierno del prócer, el movimiento intelectual, la vida íntima, lo que era Santiago entonces. Y después, con gran amenidad y brillo, nos conduce a través de los años de destierro en Lima y Montalván, haciendo una evocación inolvidable del Perú en aquella época grande.

El traje hace al CABALLERO
y lo caracteriza.

Y la SASTRERIA

La COLOMBIANA

de FRANCISCO GOMEZ e HIJO

le hace el traje en pagos semanales o mensuales o al contado. Acaba de recibir un surtido de casimires en todos los colores, y cuenta con operarios competentes para la confección de sus trajes.

ESPECIALIDAD

EN TRAJES DE ETIQUETA

Tel. 3283 — 30 vs. Sur Chelles

Paseo de los Estudiantes

Sucursal en Cartago:

50 vs. al Norte del Teatro Apolo.

Si Ud. reside en la Rep. Argentina,
suscribase al

REPERTORIO AMERICANO

por medio de la

Agencia Internacional de Diarios

A. BARNÁ E HIJO — Buenos Aires

Lavalle, 379 — U. T. 31.

Retiro 4513

Hay que señalar como uno de los méritos del autor, que ha dedicado a esta notabilísima obra muchos años de su laboriosa juventud, que es el primer historiador que da su verdadera ubicación a don Bernardo *O'Higgins*, entre los grandes héroes de América, como uno de los más grandes, al lado de Bolívar, de San Martín y Washington.

Así lo dejé establecido en una correspondencia que mantuve con el Vice-Presidente de los Estados Unidos, Mr. Henry Wallace. En una ocasión Mr. Wallace, refiriéndose a los Libertadores de América, nombró a Bolívar, San Martín y Morelos. Le dirigí una carta conceptuosa reclamando el puesto que le correspondía a *O'Higgins* entre los que realmente merecían ser juzgados como Libertadores de nuestro Continente. Le agregaba la nómina de los libros en que podía confirmarse mi acerto, libros cuya existencia evidencié personalmente en Washington en la Biblioteca del Congreso.

El señor Wallace, con profunda gentileza y honradez, después de verificar los hechos, me contestó la carta siguiente:

«Oficina del Vice-Presidente. Washington, 21 de Julio de 1941.

Sr. don Arturo Alessandri Palma. A/c del señor Rodolfo Michels, Embajador de Chile. — 2154, Florida Avenue N. W. — Washington, D. C.

Mi estimado señor Alessandri: Muchas gracias por su carta de 9 de Mayo de 1941. En las breves observaciones que hice a los Jefes de la Marina de las otras Repúblicas Americanas, en ocasión de su visita a Washington, no fué de manera alguna, mi intención dar una lista amplia de los fundadores de la Independencia de la parte Sur de este Continente. Reco-

JOHN M. KEITH, S. A.

SAN JOSE, COSTA RICA

Agentes y Representantes de Casas Extranjeras

Cajas Registradoras NATIONAL (The National Cash Register Co.)

Máquinas de Escribir ROYAL (Royal Typewriter Co., Inc.)

Muebles de acero y equipos de oficina (Globe Wernicke Co.)

Implementos de Goma (United States Rubber Export Co.)

Máquinas de Calcular MONROE

Refrigeradoras Eléctricas NORGE

Refrigeradoras de Canfrin SERVEL ELECTROLUX

Balanzas «TOLEDO» (Toledo Scales Co.)

Frasquería en general (Owens Illinois Glass Co.)

Conservas DEL MONTE (California Packing Corp.)

Equipos KARDEX (Remington Rand Inc.)

Pinturas y Barnices (The Sherwin-Williams Co.)

JOHN M. KEITH

Socio Gerente

RAMON RAMIREZ A

Socio Gerente

nozcó muy bien el alto lugar que le corresponde a don Bernardo O'Higgins en una lista de esa naturaleza. No cabe duda de que su carrera, tan bien descrita en su carta, le da derecho a ocupar un lugar de honor junto con Bolívar, San Martín, Morelos y los otros Libertadores.

«Espero, en un futuro cercano, volver a leer los tomos mencionados por Ud. y así seguir mis estudios de la historia de las Repúblicas Americanas. Estos estudios me han convencido de que ninguna parte del mundo ha producido, en época alguna, héroes más notables que los de nuestro Hemisferio en el medio siglo comprendido entre el año 1775 y el año 1825, el que marcó la fundación de nuestras libertades. Su affmo,

H. A. WALLACE

La carta que dirigí al señor Wallace, que motivo esta contestación, es del tenor siguiente:

«Santiago, 9 de Mayo de 1941.—Excmo. Señor Henry Wallace, Presidente del Senado de los EE. UU. y Vice-Presidente de la República.—Washington.

Excmo. señor:

He tenido el gusto de leer en la prensa de hoy que V. E. recibió afectuosamente a los Jefes de las Marinas Sud-Americanas que visitan ese gran país.

En el discurso de recepción V. E. recordó con especial afecto y justicia a tres grandes fundadores de la libertad Sud Americana: Bolívar, San Martín y Morelos.

Tributo un verdadero culto de admiración y respeto a esos tres grandes próceres; pero, con no poco sentimiento, he tomado nota que ha sido olvidado el Padre de nuestra Patria, el Libertador de ella don Bernardo O'Higgins. Ese nombre no debe ser omitido cuando se habla de los grandes héroes de la epopeya de Sud-América.

O'Higgins debe figurar entre esos nombres con razón y justicia.

Afianzada la libertad de Chile por la Batalla de Maipo, que tuvo lugar el 5 de Abril de 1818, don Bernardo O'Higgins, que asumió el Mando Supremo de mi país, comprendió que su independencia y la de América no quedarían sólidamente afianzadas mientras no se destruyera el último baluarte

que tenía la Madre Patria en suelo americano, cual era, el Virreinato del Perú.

Chile era entonces un país muy pobre y, ello no obstante, don Bernardo O'Higgins acometió la magna empresa de crear un Ejército y de formar una Marina que fuera capaz de conducir a ese Ejército al Callao, como el único medio de afianzar definitivamente la Independencia de Sud-América. Se organizó un equipo con inmensos sacrificios, un Ejército de cuatro mil seiscientos hombres y fue embarcado rumbo al Perú al mando del General argentino San Martín. Siete buques de guerra y dieciséis transportes formaron así la primera Escuadra de Guerra que paseó nuestra bandera en el Pacífico Sur, transportando al Ejército Libertador. V. E. puede confirmar los datos que le doy y aquilatar la importancia de la magna empresa de O'Higgins buscando los numerosos libros que tratan la materia y que encontrará «seguramente» en la inmensa Biblioteca del Congreso en Washington. Tuve el gusto de visitar con admiración ese grandioso centro de estudio y cultura, que, sin lisonja, puede considerarse el primero del mundo en su género.

Entre los muchos libros que seguramente pondrá a su disposición el ilustrado personal que atiende aquella grandiosa Biblioteca, me atrevo a insinuarle por su concisión, el libro escrito en inglés por mi compatriota don Agustín Edwards, titulado *The Dawn*. Se encuentra la materia referida en la página número ciento sesenta y seis. Otro tanto puedo decir por lo que respecta a la página número ochenta del libro de don Domingo Amunátegui Solar que se titula *Nacimiento de la República de Chile*, impreso en Santiago en 1930. La obra notable por su estilo y erudición de don Gonzalo Bulnes, titulada *La Expedición Libertadora* y el igualmente notable libro del eminente y gran escritor don Benjamín Vicuña Mackenna titulado *Ostracismo de O'Higgins*.

Una rápida lectura de estos u otros libros convencerán seguramente a V. E. de que el Libertador de Chile don Bernardo O'Higgins, debe figurar entre los grandes libertadores de América.

Acaba de publicarse

ESTUDIO DE LA COMUNIDAD

Manual para maestros, trabajadores sociales, y demás personas interesadas en el mejoramiento cívico.

Trata de los siguientes asuntos: características básicas de una comunidad; métodos técnicos para estudiar una comunidad; y organismos y recursos para el servicio de la comunidad. Incluye recursos naturales, gobierno local, economía, seguridad pública, delincuencia, planificación, zonificación y construcción de hogares, salud, nutrición, educación, recreación, bienestar social, bienestar del niño, servicios sociales de agencias religiosas y cívicas y coordinación de servicios. Termina con reglas elementales para la organización de programas en la comunidad.

Editado por la Dra. CAROLINE F. WARE

140 pp.

Precio: \$ 1 (moneda norteamericana.)

Centro de Investigaciones Sociales

Universidad de Puerto Rico
Río Piedras, Puerto Rico.

Seguramente el Jefe de nuestra Marina, que se encontraba presente, ha debido experimentar un justo sentimiento de tristeza, al ver olvidado en una ceremonia solemne al creador de la Primera Escuadra que paseó el pabellón de la Patria Americana por las aguas del Pacífico.

Soy un gran amigo de los EE. UU. de Norteamérica. En mi vida pública he dado reiteradas pruebas de esa amistad sincera y franca; por eso, perdonará V. E., que me tome la libertad de escribirle con el propósito de salvar una omisión que lastima nuestro patriotismo. — Saluda atto a V. E.

ARTURO ALESSANDRI

Yo, que durante mis gobiernos siempre consideré a los Pueblos y a los Mandatarios de las Naciones Hermanas, con sentido americano, con un espíritu sinceramente americanista, me considero autorizado para señalar este libro a la consideración y al elogio, no sólo de mis compatriotas, sino de todos los habitantes de nuestras Repúblicas: redescubrir a un héroe de la magnitud de O'Higgins y darle su sitio verdadero en la presidencia moral del Continente, es algo que debe marcarse con hito blanco en el camino de nuestra historia común.

Tiene razón el distinguido y erudito historiador don Guillermo Feliú Cruz cuando dice del O'Higgins de Orrego Vicuña, considerado como un gran libro por escritores de la talla de Guillermo de Torre y de Henríquez Ureña, que es, a su juicio, una de las obras más importantes de la literatura americana.

Yo considero esta obra como una de las más profundas, hermosas y mejor documentadas de la literatura chilena. Es una obra con destino, una obra que se seguirá leyendo y admirando en América mientras existan hombres capaces de amar y de sentir la democracia y la libertad.

ARTURO ALESSANDRI

Santiago, Julio 20 de 1946.

Dr. E. García Carrillo

Corazón y Vasos

Consulta por cita

Oficina en San José

Electrocardiografía
Metabolismo Basal
Radioscopia

NUESTRA AMÉRICA

(En el Rep. Amer.)

CONCURSO

El mejor libro para niños, escrito en español, será premiado con 1.500 pesos mexicanos en el concurso que acaba de inaugurar la Mesa Redonda Panamericana, de esta capital. Todo residente en la República Mexicana tiene derecho a tomar parte en el certamen, pudiendo presentar el concursante más de un trabajo, con la condición de que sean originales y de ningún modo traducciones o adaptaciones. La convocatoria dice que los temas deben ser mexicanos, y tratados en prosa o en verso o como obra teatral, y únicamente se aceptarán aquellos que por su tema—muy especialmente por su vocabulario y su estilo—estén adecuados para niños que no sean mayores de 12 años. La extensión de los trabajos no tiene límite; pero se entiende que la recomendación del clásico tiene actual validez: lo bueno si es breve es dos veces bueno. El concurso se clausurará el primero de diciembre de este año y en un período de tres meses será posible conocer el dictamen que formulará el jurado en que figuran la profesora Rosaura Zapata Cano—prócer maestra de jardines de niños—el doctor Efrén Núñez Mata, ex-director de la Escuela Nacional de Maestros; y dos hombres de letras de prestigio: Francisco Orozco Muñoz y Miguel N. Lira. Los trabajos deben enviarse en esta forma: «Concurso Literario Infantil. La Mesa Redonda Panamericana, Biblioteca Benjamín Franklin, Reforma 34. México, D.F.».

NIÑOS

En la convocatoria se hace una afirmación que tiene la categoría de axioma: «La literatura infantil es un factor poderoso para la formación de mejores ciudadanos para el mañana». Hay en México magníficos antecedentes sobre esta literatura, desde José Rosas Moreno hasta Mariano Silva y Aceves, el de *Campanitas de Plata*, Miguel N. Lira, autor de *Canción para dormir a Pastillita*, y maestras como Josefina Zendejas y Julia Nava de Ruisánchez, para citar sólo a dos. No se trata de un libro de lectura, si bien será para que lo lean los niños. Se pretende que en el concurso participen quienes han sabido viajar con provecho, de éxtasis en éxtasis, a través de ese vasto mundo maravilloso en que se insinúa el alba sentimental e intelectual del niño. Ese mundo en que tantos hallazgos han podido realizar exploradores intrépidos, como Andersen, Grimm, Perrault, D'Amicis, Julio Verne, Emilio Salgari, José Martí en su revista *La Edad de Oro*. Los grandes escritores que se han identificado profundamente con su tierra y con su pueblo, no han desafiado escribir para esos lectores cuya sensibilidad está hundida en lo inverosímil y que fácilmente pueden cambiar de ruta en manos de quienes los desbían hacia lo morboso e impuro, ofreciéndoles lecturas sobre crímenes y piratas, en un idioma que complace a no pocos adultos. He aquí por

qué el certamen a que se ha convocado merece parabienes incondicionales y se puede anticipar que cualquiera que sea su resultado, hará mucho bien.

LENGUAJE

La literatura para niños ofrece grandes escollos, porque no basta ser escritor, sino que es preciso estar enterado de los problemas mentales y sentimentales del niño. Puede afirmarse que las lecturas primeras que hemos tenido son las que forman la raíz de nuestros futuros pensamientos y que en lo que cada hombre escribe para el público, se asoma siempre, a lo largo de la vida, el estilo idiomático de los primeros escritores que leyó en la escuela primaria. Aquellos escri-

tores políticos que mueven su pluma entre las palabras vulgares y los pensamientos soeces, denuncian con toda claridad sus orígenes y están condenados a revolcarse en el charco de la chabacanería. Eso demuestra que la literatura infantil tiene una misión orientadora y que los estadistas que tienen bajo su responsabilidad al hombre futuro, deben luchar a brazo partido porque en las escuelas se use una literatura que esté libre de impurezas. El tema produce fácilmente hacia una investigación sobre los libros que contribuyeron a formar el espíritu de Lincoln, de Martí y de tantos educadores de pueblos que nunca, a pesar de lo impuro de la existencia, de su diaria amargura, dejaron de ver el mundo con sus diáfanos ojos de grandes niños.

RAFAEL HELIODORO VALLE
México D. F., febrero de 1947.

BRENES MESEN COMO PRECURSOR

(En el Rep. Amer.)

Roberto Brenes Mesén es para nosotros, los que en alguna circunstancia fuimos sus alumnos, una figura cumbre de los intelectuales de Costa Rica y un precursor en lo referente a las normas educacionales de nuestra patria.

En su vida veo reproducida la leyenda china de «los monos y la luna».

«En una noche de luna llena su imagen brillaba en el fondo de una laguna. Los monos encaramados en las copas de los árboles protestaban de aquel brillo y resolvieron apagarlo.

Todos a una, con gritería muy grande, echaban tierra, palos y frutas a la luna, que, al ir subiendo el fondo de la laguna, en vez de apagarse, se acercó, a los ojos de los espantados monos».

En estos 25 años, la Escuela costarricense, que es como decir la Patria íntegra en su riqueza y su cultura, ha ido de tumbo en tumbo. Cada año o cada dos, un nuevo e improvisado programa, un nuevo fracaso. Hasta llegar al día de hoy en que «parece que quieren hacer una imitación, sin el contenido filosófico de la obra de Brenes».

Esa imitación será otro fracaso y un nuevo honor para el Maestro. Visionario indiscutible.

Don Roberto, como se notará al leer sus programas, contempló la educación en sus fundamentales aspectos y el desarrollo armónico de cada uno, siempre con normas de educación constructiva o sea positiva psicológicamente, atacando las normas de educación negativa aún en boga.

Este plan para educar al campesino desde los diversos puntos de vista: moral, intelectual, económico, cívico, higiénico, etc. daría como resultado final, de lograrse, una continuada e inteligente ejecución, un resurgimiento maravilloso de la Nación. Por

otra parte, Brenes no concibe educación sin ejecución, lo que es educación activa.

Pero, por sobre todo lo anterior hay algo verdaderamente valioso y trascendental, la base filosófica de la educación costarricense o, por lo menos, del campesino costarricense.

Encuentra don Roberto, como lo encontramos nosotros, que es la Escuela con sus métodos desvinculados de la realidad campesina la culpable del éxodo y que cada labrador que deja sus campos es una fuente de riqueza y bienestar que se ciega.

De ahí nuestra pobreza. Planea el Maestro la capacitación paulatina, gradual, lógica, del campesinado en los campos de la agricultura y de la industria para acrecentar la riqueza; le da cada vez más conciencia moral para obtener de él ese ciudadano cooperador, activo y consciente de sus deberes comunales y desde luego, nacionales; le va introduciendo en sus normas de vida los principios higiénicos, pero en forma de creación de hábitos, para lograr de nuevo aquel fuerte y sano poblador de nuestros campos.

Está además contemplada la importancia del ahorro, de esa previsión individual que nos ha faltado, creando pobreza y dolor.

Un alto espíritu nacional por el aprovechamiento de las riquezas naturales y el mejoramiento integral del individuo con total visión de nuestro puesto en el concierto universal.

El maestro filósofo, el pensador visionario y por lo tanto, incomprendido y combatido.

En nuestro medio es un milagro que una idea germine un cuarto de siglo después de sembrada.

Estas ideas de don Roberto están ahora en plena germinación.

JUAN J. CARAZO

Desamparados, Costa Rica, abril de 1947.

ANTE TODO, COMPRENSION

(Atención de la autora.)

San José, Costa Rica, 18 de abril de 1947.

Señor Director del
COMITÉ CULTURAL ARGENTINO,
Buenos Aires.

Distinguido señor:

Estoy dentro de los términos del Mensaje que tuvieron la fineza de enviarme, y que recibí ayer junto con los estatutos del Comité.

El título del Mensaje — *Los Psicólogos determinan las Bases de la Paz* — me puso a pensar.

El aumento de la agresividad dentro de la especie humana debe preocupar a quienes aún conservamos la conciencia clara de lo que es el hombre y cuáles han de ser sus actitudes.

El Apocalipsis — que está en el tape — trae aparejado un fatalismo que llega a reconciliarnos con guerras y más guerras — por inevitables — y aun a darnos anestesia conformista.

Decimos o pensamos: «Ahora viene la guerra final, la que deje colocada la plataforma para la paz definitiva».

Entonces, ¿qué haremos los pacifistas? ¿Aguardar sentados a que la profecía se cumpla? ¿Aguardar rebeldes?

Aguardar en actitud vigilante es lo mejor.

La sucesión de días y noches es de rigor. Aguardamos la noche; pero la aguardamos bien provistos de luz.

Recomiendan las Sagradas Escrituras, a las Vírgenes Prudentes, aguardar la llegada del Amado con sus lámparas bien provistas de aceite. Todo aquél que vive vigilante, activo y bien intencionado, aguarda al Amado: al Espíritu.

El aquelarre multiplica sus actividades diabólicas para apagar nuestra luz y favorecer sus movimientos. Hay quienes dejan apagarse la fe que nos alienta en la espera de la nueva aurora, avanzada del Gran Día del Espíritu. Día del Corazón. Día del Amor.

Ya el deber comienza a dejarle el campo al amor. Al deber le vemos la marca de fábrica: «Hecho en la Tierra; hecho por los hombres». Al amor le reconocemos el sello divino.

¿Qué necesita la humanidad para quitarse las ataduras de una prematura mortaja?

Amor

El hombre culto y el analfabeta, ambos necesitan amor. Amor en diversas formas: caridad, fraternidad, afecto, perdón, disimulo de las flaquezas del prójimo, voluntad de servicio...

Fatalmente no hay panacea que sustituya al amor.

Aunque el hombre arda en fanal de inteligencia. Aunque lo desvele la

ciencia o lo deleiten las musas. Aunque abra alas de aluminio. hienda las profundidades del océano, barrene las rocas, desmenuce el átomo, ponga bridas al sonido, aprese la luz, modele almas a modo de alfarero, no puede dar paz al Mundo; porque la paz es divino fruto del Espíritu. La paz y la justicia son atributos de Dios. En cualquier forma que se conciba a Dios. Mucho hay que arar y orar para tenerlas. No son producto de una fórmula. Manos de barro jamás pueden trasegar efluvios divinos. Tienen que depurarse, que angelizarse.

Y ya que la Rep. Argentina está procurando engarzar las cuentas del rosario americano, con devoción arcana, debe — creo yo — alimentar el empeño como alimenta la Naturaleza a las abejas productoras de la miel: a base de dulzura, de ternura, que no es sensiblería, ni debilidad de carácter.

No vale ningún procedimiento de educación — para adultos o para niños y muchachos — que no considere la ternura como tabla de puente entre Dios y los hombres; entre ellos y la Naturaleza; entre ellos mismos, que deben estar unidos con un hilo de ternura de corazón a corazón. De esta manera la vida arcana doblega a su poder toda vida del plano físico sensible a sus corrientes benéficas. Esa sensibilidad es lo que debemos llamar ternura.

Y dígame lo que se quiera, no hay nada realmente productivo — en ninguna parte — si allí no anda la legítima sabiduría del ánimo, que no es la mal llamada sabiduría del intelecto.

Por eso, al determinar filosóficamente las *Bases de la Paz*, metámonos en determinado concepto, y ajustemos a él la educación de los niños.

Nos dice Karl Pearson: «Soy científico hereje. No creo en la Ciencia por la Ciencia misma, sino únicamente en cuanto ella sea aplicable al hombre».

Apliquemos, pues. Dejemos que los niños vivan científicamente. No los modelemos con nuestras manos de barro. A ellos los modelará con amor la sabiduría arcana, si los dejamos permanecer, tiernos, sensibles, como llegaron a las playas de lo físico y no interceptemos el hilo conductor de divinas inspiraciones que deben alejarlos de la guerra.

Comienza el niño por intimar con el plantío, con la tierra negra y los animales. Conversa con ellos y los mima y defiende. Reanima a las hormigas medio ahogadas y al pajarito aterido. Ayuda al jardinero, al albañil, al sirviente; al negro como al blanco;

Lic. Aníbal Arias R.

Abogado y Notario
San José, Costa Rica

Teléfonos: Of. 5329 Hab. 5994
Apartado 1653

al humilde como al aristócrata; al anciano mendigo y a la bella señora. Es amigo de todos y todos lo quieren. Es un brote espontáneo de la Naturaleza.

¿En qué peca ese niño? Contra la artificiosa conveniencia social está pecando. Y lo regañan. Y lo castigan. Hasta educarlo(?)

El no es igual a los animales. No es igual a los sirvientes; ni al negro ni al polaco errante. El debe ser aristócrata, de acuerdo con el capital amasado y con los pergaminos de familia. Es ario puro y no deberá enlazarse en matrimonio con quien no lo sea. Debe infatuarse con la idea de que es de casta superior y llegará a manejar a latigazos a los hombres inferiores. Como será amo, expoliará, robará y matará; hará la guerra para adueñarse de lo que crea necesitar.

No habrá paz en el Mundo, mientras no varíe este panorama que le presentamos al niño y al cual lo obligamos a ajustarse. Y ninguna ciencia, ni arte, ni lustre social nos salvará. Antes proporcionará medios de soberbia y destrucción.

No nos engañemos debatiendo pensamientos enanos que sólo conducen a vanidosas exposiciones. Miremos a lo Alto y... «Venga a nos tu reino, Señor».

En la «comprensión» residen la justicia y la paz. Lo que todos debemos procurar es la «integridad psíquica» que nos lleva a la «comprensión».

Midiendo distancias con sus alas negras llega la guerra, como llega el huracán cuando se hace el vacío atmosférico. El desequilibrio en el ambiente social trae la guerra. Una misma Ley lo rige todo.

No vemos ante la conciencia más que una balanza que equilibra y una mano de luz que la sostiene.

Mis mejores votos por el buen éxito del Comité Cultural Argentino que está empeñado en una labor trascendente.

Atentamente,

AURISTELA C. DE JIMÉNEZ

STECHERT-HAFNER, Inc.
Books and Periodicals

31 East 10th Str. — New York 3, N.Y.

Con esta Agencia
puede Ud. conseguir una suscripción al
Repertorio Americano

SIMBAD

Hay mucho que saber, es poco el vivir, y no se vive si no se sabe. Hombre sin noticias, mundo a oscuras.—Gracián.

Un haz de proyecciones: el libro de Victoria Ocampo titulado Testimonios (2da. parte). Sur. Buenos Aires. 1941.

En la pág. 57 escribe Victoria lo siguiente, que nos interesa mucho:

Ya en 1917 (y por entonces Virginia Woolf apenas había publicado su primera novela, mientras que yo soñaba con la letra de molde como con un imposible), Ortega había contestado públicamente, en su *Espectador*, a mis inquietudes a propósito de mi manera de leer, inquietudes que le había confiado en una carta. He aquí algunas líneas de su respuesta: «La manera de leer que Ud. ejerce (lo que yo iba a llamar en 1936 manera del «common reader») no es injusta e indebida... Es, en efecto, la única manera de leer que existe, y el resto es erudición. La lectura, en su más noble forma, constituye un lujo espiritual, no es estudio, aprendizaje, adquisición de noticias útiles para la lucha social. Es un virtual aumento y dilatación que ofrecemos a nuestras germinaciones interiores; merced a ella conseguimos realizar lo que sólo como posibilidad latía en nosotros».

Antes ha dicho Victoria, en la pág. 56:

Es por modestia—absurda en ella y justificada en mí—por lo que Virginia ha elegido ese título (*The common reader*, dos volúmenes, uno de los libros de Victoria Woolf), recordando una frase del Dr Johnson: «Me alegro de coincidir con el lector común; pues ante el sentir común de los lectores no corrompidos por los prejuicios literarios, después de todos los refinamientos sutiles y el dogmatismo de la erudición, debe en última instancia decidirse toda concesión de honores poéticos». El *common reader*, según lo entiende el Dr. Johnson,

difiere del crítico y del erudito en que lee exclusivamente por placer y sin preocupación de tener que transmitir sus conocimientos. No tiene un método sino una pasión: la lectura. No acepta métodos fuera de sus gustos, sus inclinaciones y su instinto.

San José de Costa Rica, 16 junio del 44.
Don V. M. Perez Perozo.
Pte.

Mi amigo muy estimado y querido:

De las 101 de sus *Nuevas Fabulillas*, 24 me gustaron sobretodo. Son las de las pgs.: 29-31-35-41-47-53-57-61-63-75-81-85-93-99-111-127-135-151-155-173-175-177-183 y 227.

Las de sabor político, de ironía política, me gustaron más. Otras por su ternura, otras por finas, otras por la fisga que contienen.

Pero también me gustaron, y se las señalo, las de las pgs.:

9-11-13-19-23-25-27-33-37-39-43-51-59-65-68-71-73-79-87-89-91-97-107-109-115-121 — 131-133-139-141-163-167-179-181-185-187 — 191-195-197 y 205.

Unas por ingeniosas, originales, irónicas y con fisga.

Un tesoro su fabulario. Dichoso Ud. que ha podido renovar el género. Siempre me ha parecido de lo más interesante la antigua inventiva de los fabulistas, esa capacidad tan personal—creo—de poder crear, reflexionar imágenes, alegorías, con sabiduría de la vida, experiencia. Los viejos diálogos y las enseñanzas inesperadas. Un recrear las eternas enseñanzas, un volver a decirlas de otro modo. En historias tradicionales de animales, enseñanzas nuevas. Qué gran mérito el suyo! Y qué buen ejemplo nos da! No sólo moralizar por alegorías; hay a veces un ejercicio de ternura. Los niños ante sus fábulas?

Muy buenas salidas, con mucha fisga criolla, sobre todo, en lo político. Fluidéz y sencillez de los versos, lenguaje sabroso.

Mucho me ha preocupado siempre este trágico encuentro del hombre con los animales. Los llevaremos dentro? El doble animal de las zoolotías antiguas. Su fabulario, copioso, variado en los motivos. Y el humorista que hay en Ud...? En el fondo de eso hay una melancolía inevitable. Y aquí me detengo, mi noble amigo. Y gracias por el ejemplar que me tiene prometido, lo cuidaré en justicia; esto es, por lo mucho que vale. Y créame siempre suyo affmo., amigo y servidor,

J. GARCÍA MONGE

Y de las preciosas ilustraciones nada le dije. Señalemos: son de Carlos Rodríguez. Y de la esmerada edición? Es de Guillermo Kraft Ltda. Buenos Aires.

Grupo TUCUMAN
de Escritores y Poetas.

Mendoza 226-Tucumán, Rep. Argentina.

Tucumán, diciembre 16-946.

Señor

Don Román Jugo Lamicq
San José, Costa Rica.

De n. consideración:

Nos dirigimos a Ud. para acusar recibo de sus poemas, fotografía y datos biográficos que tuviera la amabilidad de enviarnos para nuestra *Antología Lirica*, cuya definitiva denominación será: *Anuario Lirico*, y al mismo tiempo nos resulta particularmente grato comunicarle que en la severa selección efectuada por el Comité de Lectura designado, y que integran varios conocidos poetas argentinos, ha sido Ud. elegido para figurar en las páginas del volumen que preparamos.

En consecuencia le rogamos tome nota de las condiciones indispensables a que dicha figuración debe ajustarse, y que se expresan en la página adjunta, cuya detenida lectura le pedimos.

Esperamos nos conteste a vuelta de correo, y mientras, le saludamos con nuestra más alta consideración.

p ANUARIO LÍRICO

Don Joaquín García Monge.

Repertorio Americano

Apartado Letra X

San José - Costa Rica.

Para las notas al vuelo de su *Repertorio*.

En febrero de este año se inauguró un busto de Domingo Faustino Sarmiento, por el escultor Joseph Nitzgen, en la ciudad de San Agustín, del Estado de Florida, en la escuela más antigua de los Estados Unidos.

J. M. ARCE

Dartmouth College,

Hanover, New Hampshire.

Marzo-1-1947.

GRAMATICA HISTORICA Y LOGICA
DE LA LENGUA CASTELLANA

Por ROBERTO BRENES MESEN

Un volumen en 8º (XXVII, 447 páginas), 1905.
Precio en Dóls. \$ 2. Entenderse con el Admór.
del *Repertorio Americano*.

LA ANTIGUA Y ACREDITADA CASA

MARCOS Y ESPEJOS "LLERANDI"

(ESQUINA DIAGONAL A LA BIBLIOTECA NACIONAL)

LE RECUERDA que, como siempre, tiene para Ud.

CUADROS con finas láminas suizas,

MARCOS con molduras nacionales y extranjeras,

ESPEJOS de distintas formas y medidas,

PORTARRETRATOS en vidrio, cristal, cuero, plástico, dorados, tallados y calados.

Para su regalo, le ofrece **SOUVENIRS** del país y de fuera, así como **ÓLEOS, ACUARELAS** y **TALLAS** de distintos artistas.

Así mismo, se encarga de replatar espejos manchados y de restaurar marcos artísticos antiguos.

TELEFONO 4688 - SAN JOSE, C. R.

CERCA Y DISTANTE

(En el Rep. Amer.)

PLEGARIA

Frescura del alma, frescura del alma.

Oh—Gracia Plena!

Que no sufra más, no más.

En este instante sumérgele
en el ambiente de tu luz.

En este instante el mármol en su cuerpo,
el silencio en su boca,

la quietud en sus manos,

la paz eterna en su tortura.

Gracia Plena, Santa Madre de todos

[los seres—

pide aguas del Paraíso—

oye su voz de cantor que implora!

Frescura del alma!

Ahora que consciente y ansioso

y en su terrible angustia

te pide las aguas puras y frescas.

Ven! Ven con el vaso milagroso.

¿No le ves postrado?

¿El que siempre caminó como rey?

¿El que siempre dio paz y contento,
alivio y consejo a las gentes?

Gracia Plena! Es su hija que adorando
pide para el padre—Paz!

Ruega silencio cuando será tormento

[eterno no oír su voz.

Descanso para su cuerpo enfermo.

Que se levante Rasur de su lecho,

la luz de la montaña naciente en

[su pecho!

Paz en su frente de Dante—

en sus manos de Dios, reposo.

Te pido Gracia Plena a Vos—

Rasga la estancia y el techo,

todo confín—que exista sólo el espacio,

[sólo la luz Celeste.

Mi alma tiembla, y pido: «La luz Ce-

[leste».

Amor infinito, Paz a Rasur!

Que vuele a su montaña de Quizur.

Que vuele a su montaña de Quizur.

NUESTRO JARDIN

Para mamá

Viernes Santo—tarde de la noche—

la luna brillante, celeste luz en los cielos,

e infinita bella paz en el jardín.

El pino amoroso que nunca cansa

su ondulante graciosa danza.

Camino sobre el verdor del césped

y siento tantos perfumes!

Los azahares del joven limonero

[y de la mandarina,

las rosas color rosa que ávidas

[abren sus pétalos.

Los geranios, el romero y la ruda.

Quiero beber todo esto sin perder

ni una brisa, ni belleza alguna.

Fugaces momentos en lares paternos,
donde en este instante duermen tranquilos

[mis padres—

y las risas y los juegos de nosotros

que aquí jugábamos cuando niños.

Quiero sellar dentro por toda eternidad

todo vago sentimiento, todo puro amor—

toda palabra, todo aroma de toda flor

y hasta el sonido y la forma

de estas piedrecillas del camino

a la par de la verde baranda.

Que nunca más, si acaso no volviera,

de este jardín se me olvidara

la más mínima, la más pequeña o ligera

tenue belleza que aquí hubiese vivido.

Que nunca, nunca! entre este jardín en el

[olvido.

FRESIA BRENES HILAROVA

Chicago, abril de 1947.

PARA ALBERTO VELAZQUEZ,

ESTE POEMA...

(En el Rep. Amer.)

Alberto: va esta voz a encontrarle,
esta tierna paloma que ha soltado Ud. en mi alma.

Va por la vía láctea de su verso,

de estrella en estrella,

hasta esa casa de una noche dulce.

Ramaje de los cantos,

casa mía.

Casa de la comunión,

posada celeste.

Desdoblo mi libro de espejos

y recobro el instante.

Aquí estamos.

Venimos del aire azul

con un paisaje errante entre los ojos:

montes, ciudades,

y nubes, nubes, nubes.

Naufragio de colores,

serpentina escapada,

metáfora sostenida en el vacío,

si el corazón fuera no más una hoja al viento,

si el corazón no anclara en algo.

Pero esta casa cordial es tierra firme,

puerto inesfable.

El vino de esta noche es su palabra, Alberto.

Isaac Felipe escucha

descansando un océano de músicas ocultas

en pleamar.

Mi corazón es cáliz alto

entre líneas magnéticas.

No sé si el verso va naciendo en mí

o si es su voz la que distiende

un árbol estelar entre mis nervios.

Tres rumbos encontrados,

un instante puro

y se ha creado algo profundo

con un nombre sencillo:

amigos.

Alberto: ha soltado Ud. palomas

de seguro regreso.

EMMA GAMBOA

Heredia, Costa Rica, 1947.



Esta es la columna miliaria del Rep. Amer.
En ella inscribimos los nombres de los escritores
y amigos que por años, hasta el fin de sus días,
lo recibieron, lo estimaron y colaboraron. Ricos
de espíritu fueron!

ROBERTO BRENES MESEN

POR FRÉSIA BRENES HILAROVA

(Atención de la autora)

Alto y delgado, nobleza en cada línea traza.
 Enseña en sus manos flexibles de artista
 la gran elocuencia de nuestra raza.
 Su palabra hechiza y bien viste el pensamiento.
 Al oírle, sus manos finas y llenas de encanto
 atraen, como el sonido de su voz, como su talento,
 y se pregunta uno: ¿cuál más elocuente,
 la palabra, sus manos o su pensamiento?
 Águila que remonta y no vive en reposo,
 la cumbre su breve hincapié,
 el horizonte su morada—
 nunca casa de mortal le pudo dar entrada.
 En su voz oí el misterio de todo sér.
 De su mente aprendí la filosofía de las edades,
 reconocí la belleza de las deidades.
 De sus labios, la historia de los continentes,
 la maravilla de estrellas y astros,
 la profundidad del alma, la poesía de todas las lenguas.
 Bizancio y Roma, Grecia, Egipto y Jesús,
 la Biblia, Plato, Plinio, Astarte,
 Safo, César y Cleopatra, Beatriz y el Dante.
 Alejandría, el Greco, Cervantes. Profundas las memorias.
 Mi mente se ensancha—recuerdos—pasado que vive
 en esta hora. Garcilaso de la Vega.... Alfredo de Musset.
 Siento el olor de la pasta, veo la biblioteca,
 oigo la plegadera de Mamá que del libro

corta las páginas...

verdadera compañera de todas sus horas.

Aroma a cedro, pasta, papel y libro, no deseo otro!

Él me enseñó todo sendero; al caminar sola,

le siento a mi espalda, vuelvo y le veo:

joven, alto, con imperio su brazo señala—

«Adelante! Siga siempre adelante!».

De él oí como vivió Keats, como murió Shelley

y como se echó a las aguas su amigo y poeta—Byron.

De él aprendí a admirar a Sarmiento, Darío, Bello!

De él oí hablar de Oscar Wilde, Whitman, Shakespeare.

Revuelven alas en mi mente, siento el temblor

del descubrimiento... al instante recuerdo—

Las gradas de mi casa, atardeciendo.

mis padres en el corredor caminando,

el crepúsculo cubriendo las montañas,

pasan las horas, aparece Venus—

nuestras preguntas, sus contestaciones,

las largas, apasionadas conversaciones

para que prendiéramos nosotros fuego!

Se espera que la muerte quite el sello de los labios;

al partir, hasta los tontos se vuelven sabios,

los malos buenos, pero... cuando uno vive—la censura,

el oprobio, la falta, la pequeñez, el chisme, la injuria.

Ahora muere, vengan las flores, vengan los discursos,

las lágrimas, los bien rimados, mal pensados versos,

la vanagloria—

Cuando el oído está todavía fino, los ojos claros,

se dice: Es grande y yo le admiro.

Tiene talento como ninguno y yo lo reconozco.

Es poeta, pensador, filósofo y beso sus manos.

Maestro y padre, amigo y compañero, le venero.

Chicago, 1947.



R. Brenes Mesén

Foto de Victor Hilarov

TRAMONTE

(En el Rep. Amer.)

Dos dedos de la Noche
 encienden tu lámpara, Medea,
 maga Luna-Medea.

El aire, los árboles, las aguas,
 en tu presencia se desnudan, ebrios,
 bajo el hechizo de tu rostro antiguo.

De las jarcias de un barco náufrago
 en la bahía de la tarde cuelgan
 los ceñidores que las cosas llevan
 para esconder sus gracias en el día.

Ahora andan desnudas,
 como sobre las playas
 de un mar de hechicería

Todas estas cosas viven,
 en esta noche, como anoche...
 sí! como vivieron siempre!
 en los anocheceres de los pueblos
 que se durmieron contemplando el cielo
 enarenado de milagros de oro.

Y todas estas cosas
 se bañarán mañana
 para salir al sol;
 sus trajes de ilusión
 seducirán mañana,
 como a nosotros hoy.

Más viejos serán los bosques,
 los árboles, más nuevos;
 los rumores tendrán voces de encinas,
 de sacerdocios que cantaron himnos
 a sus deidades idas;
 serán rumores de encantado ritmo
 como los de esta noche.

El caracol del mar
convocará a los ríos,
que correrán, cantando,
a hundirse en sus abismos.

Será igualmente azul el aire limpio;
con sus cestas de sol dulces canéforas
mañana danzarán, como bailaron hoy
sobre los céspedes de luz en los jardines.

Bellas serán esas mujeres, frescas
como el agua serán sus risas claras;
ebrios de gracia rítmica, sus pasos;
tan tentador, su aroma de mujer.

Con el hechizo de correr, gritando,
la adolescencia jugará mañana
al sol de un mundo joven,
como jugó nuestra niñez ayer.
Y soñarán su vida
en un más bello mundo,
como a orillas del Torres
también nosotros erigimos sueños
de un alabastro y de un marfil sutiles
tras que corrimos una vida entera.

Y la ciudad se llenará de encantos,
de calles nuevas, de suburbios jóvenes
donde la vida saltará, riendo,
como entre piedras zumba
sus miedosas leyendas el Virilla.

La humanidad continuará pensando,
como hoy, y como ayer, también mañana;
los pensamientos subirán tan alto
que rasgarán el seno de los cielos
para mirar correr su sangre azul.
Nuevas filosofías,
artes y ciencias nuevas,
milagros de invenciones
se elevarán del bosque de hojas muertas
de cuanto imaginó la humanidad.
Selvas de las imágenes pensadas
retornarán mañana
con cabellera de ámbar
para lucir al sol
que no verán mis ojos.

Velado el mundo para mí ya lejos,
no he de asistir al florecer de nuevos
renacimientos del ingenio humano.
Las civilizaciones
que ya despuntan en un mundo nuevo
no encenderán sus faros
ante mis ojos.

Todas estas cosas
las miraré a través de una distancia
que es más sutil que la distancia misma.
Volveré a amar cuanto admiré en la vida,
y mis recuerdos, plúmulas de nieve,
flotarán en el aire
que no respiraré, bajo la lumbre
que no verán mis ojos.

Sin mi presencia en este mundo, todo
continuará en el universo intacto...
... sin mi presencia, al parecer, no más,
porque siendo inmortal
yo ví nacer las tierras siderales.
en la conciencia misma
donde veré el tramonte de este mundo
al mundo de los Dioses Inmortales.

R. BRENES MESÉN

Costa Rica, Nov.-46.



Juan Vte. González

JUAN VICENTE GONZALEZ

(De *El Nacional*, Caracas, 23 de Octubre de 1946)

Se me ocurre que el personaje más representativo de la literatura venezolana es Juan Vicente González. Lo es por la exuberancia de su estilo, por la desordenada mezcla de poderosos elementos heterogéneos que constituyen su formación intelectual y moral; pero lo es, más que nada, por su naturaleza contradictoria y turbulenta, que parece reflejar la vida venezolana.

La forma literaria de González, como él mismo la describe en su *Meseniana* que dedicó a Teófilo Rojas, puede ser comparada a un bosque de los trópicos, pero a un bosque agitado por el vendabal. Se encuentran aquí apareados los factores más divergentes: al lado de los inmensos árboles, cada uno gigantesco como una catedral, hállanse las tenues y delicadas orquídeas, de extraña contextura, y el afligranado encaje de los helechos. Todo esto está agitado por rachas tumultuosas. De sus lecturas desaforadas e inconexas y de sus estudios inconclusos conserva desgarrados retazos que retienen una deslumbradora vivacidad gracias a su extraordinaria memoria. Ya son acentos bíblicos, pedazos arrancados a los salmos o a las profecías, expresiones de Job, de Josué, de Esdras, de Jeremías, trozos épicos aprendidos en los libros de los Jueces o de los Reyes, largas tiradas de oratoria sagrada; ya es su vasta y amazotada cultura clásica la que pugna por aparecer por todos lados, reminiscencias de los grandes líricos y de los grandes trágicos, el aliento homérico, la grandiosidad de Sófocles o Esquilo, el vuelo de Hesiodo, el ímpetu de Píndaro, la pasión de Safo; ya es la mesurada fuerza de los maestros de la antigüedad romana la

que quiere imperar en su estro, desde el vigor de César o la compostura de Virgilio hasta la sagacidad de un Cátulo, la hondura de un Lucrecio, el rictus de sarcasmo que asoma a la sonrisa de un Marcial, de un Juvenal, de un Apuleyo; ya es, por último, el viento de fronda que sopla en sus mismos tiempos de los más célebres románticos, Chateaubriand, Lamartine, Michelet, Hugo, Byron, el que lo envuelve, lo arrastra y lo sacude. Se nota, cuando se le lee, el esfuerzo constante que realiza por alcanzar la serenidad y el equilibrio de aquellos clásicos a los que tanto ama y los que se propone como modelo y paradigma; pero la imposibilidad en que se halla de imitarlos por la exaltación de las luchas a que tiene que dar expresión con su pluma. Salpica su prosa de alusiones traídas de la majestad de la historia: para él, Zamora es un Atila, Monagas un Gondebalbo, Antonio Leocadio Guzmán un Catilina ante el cual quiere hacer el papel de Cicerón; pero un Cicerón cargado de violencias. Cuando se compara con un griego, no lo hace con Platón o con Plutarco, ni siquiera con el hiriente Aristófanes o con el estoico Epicteto, sino que escoge, precisamente a aquel elegíaco Tirteo cuyo papel fue el de reanimar con sus arrebatados cantos el valor de los espartanos después de la segunda guerra de Mesenia.

Y ésta es la terrible contradicción interior que se refleja en su personalidad, y que le da ese carácter doloroso, casi tocado de desesperación, que se desprende tanto de su obra como de su propia existencia, semejante a una estrella fatal apuntando entre los cárdenos estertores del crepúsculo. He-

cho para la elevación de una vida de disciplinas intelectuales y espirituales, a que le daba derecho su educación de hondos basamentos clásicos y lo inclinaban sus aficiones de erudito y de filósofo, se ve arrastrado a la contienda callejera y al incesante cuerpo a cuerpo de la liza periodística y política. Formado para la abstracción, se ve constreñido a liarse como un titán de las letras con la tumultuosa realidad. Predestinado, por su nacimiento, por sus instintos, por su temperamento, por sus más profundas convicciones, a abrazar la razón popular y arrojarle con todas sus fuerzas del lado que en aquel momento pretendía representar lo más avanzado y lo más liberal, su catoniana severidad lo lleva a figurar en el bando opuesto, cuando el exagerado idealismo que era su principal distintivo lo hace chocar contra el bajo sentido de practicismo demagógico y de romo oportunismo político que descubre en Guzmán. Así, se cumple en él la sangrienta paradoja de que quien debía haber sido el paladín de la causa liberal se transformase en su más encarnizado opositor, en el hombre de choque de la oligarquía, y de que nuestra máxima figura del romanticismo fuese, en lo que respecta a la política, conservador, es decir, contrario a lo que el romanticismo traducía como expresión literaria. Hay en él algo del antagonismo interior que también se vislumbra en Chateaubriand.

Queda así Juan Vicente González, de cuya muerte se acaba de conmemorar el octogésimo aniversario, como un símbolo en que se refleja el frecuente sino del literato venezolano. Aun aquél nacido para la pura especulación intelectual, se ve arrojado al pleamar de la vida pública, al torbellino odioso y con frecuencia estéril de una borrascosa virulencia política, en la cual se malogra su obra; porque la Patria todavía no ha alcanzado, después de la sacudida de la Independencia, los cauces normales en donde pueda florecer con sosiego la limpia planta de la inquietud espiritual; y el hombre de bien y de corazón tiene que sacrificar ésta, para lanzarse a la afanosa creación de la nacionalidad. Admirable, por lo tanto, la idea de Enrique Bernardo Núñez, de erigir a su memoria, frente al Cementerio de los Hijos de Dios donde se perdieron sus restos en la anonimidad, un monumento hecho con peñones informes del Avila. Se cumplirían entonces sus propias palabras cuando, al describir su estilo, dice: "si cristalizáis las ideas que hace visible, no obtendríais un mosaico de abigarrados colores, sino un mineral fundido con la sangre de mi pecho al fuego de mi corazón".

A. A.

N. del E. — Suponemos que A. A. son las iniciales de Antonio Arraiz, conocido escritor venezolano, Director del gran diario *El Nacional*, de Caracas.

IMPRENTA AURORA SOCIAL LTDA.

Esquina Suroeste del Colegio Sup. de Srtas.
SAN JOSÉ, COSTA RICA

LITERATURA NORTEAMERICANA EN RUSIA

Por ROBERT MAGIDOFF

(Traducido para el *Rep. Amer.* de *The Saturday Review of Literature*, New York, Novbre. 2, 1946).

Cuarenta millones de copias de casi mil libros escritos por doscientos un escritores y poetas norteamericanos han sido publicados en la Rusia Soviética desde 1917. No hay datos estadísticos sobre el número de libros escritos por norteamericanos publicados en la Rusia Czarista, pero éstos, también, llegan a millones.

A la cabeza de la lista está Jack London, cuyos trabajos han aparecido en quinientas sesenta y siete ediciones que incluyen diez millones, trescientos sesenta y siete mil copias. Mark Twain viene de segundo con tres millones de copias. Upton Sinclair tiene el tercer puesto con dos millones, ochocientos ochenta y nueve mil copias, seguido de Ernest Seton Thompson con dos millones, once mil copias y O. Henry con un millón, cuatrocientos tres mil copias. Bret Harte, está prácticamente en el número de los millones con novecientos sesenta y nueve mil copias, incluyendo dos ediciones recientes.

Otros escritores norteamericanos cuyas obras han aparecido en Rusia después de 1917 en orden descendente en cuanto a popularidad, son: Theodore Dreiser, Ernest Hemingway, John Steinbeck, James Fenimore Cooper, Washington Irving, Sinclair Lewis, Edward Bellamy, Henry Wadsworth Longfellow (esto se refiere solamente a *El Canto de Hiawatha*, con ciento veinte y tres mil ochocientos treinta y cinco copias, en una traducción de Iván Bunin que algunos consideran una obra de arte mejor que el original), Pearl Buck, Erskine Caldwell, Harriet Beecher Stowe, Conrad Bercovici, Edgar Allan Poe, Jack Conroy, Walt Whitman, John Dos Passos, Langston Hughes, Michael Gold, Waldo Frank, Irving Cobb, Eugene O'Neill (una colección de siete comedias en un solo volumen, que alcanzó veinte y cinco mil copias), Ben Hecht, Edna Ferber, Rex Beach, Ring Lardner, Claude Mc Kay, Booth Tarkington, Maxwell Bodenheim, Zona Gale, Louis Bromfield, Harri Kemp y Nathan Asch.

La penetración de la literatura norteamericana en Rusia, comenzó hace ciento veinticinco años. Su significado como fuente de información acerca de "la gran república allende el océano" ha sido mayor que su servicio como fuente de placer o como creación de valores estéticos. La literatura norteamericana definitivamente ha sido un factor importante en la formación del pensamiento ruso, un factor de influencia literaria y política que extendió el espíritu revolucionario de la democracia norteamericana. El aspecto político de esta influencia fué particularmente efectivo en las generaciones de rusos que combatían a los czares, pero después de la revolución de 1917, decreció en importancia.

Una tradición de respeto y de curiosidad acerca de las literaturas de otras naciones ha sido muy fuerte en Rusia, pero no fué sino hasta los principios del siglo diez y nueve que las traducciones de literatura extranjera llegaron hasta el pueblo. Vasili Zhukovsky, poeta y tutor del Czar Alejandro II, fué el iniciador de la traducción de los versos a un ruso que luego llegó a ser el idioma usado en la poesía rusa moderna, suplantando la arcaica y vigorosa lengua de Lomonosov y de Dershavia. El arte de Zhukovsky fué tan grande que la fecha de la publicación de su *Elegía de Gray*, se considera por varios críticos literarios rusos, como el nacimiento de la moderna poesía rusa. La maestría de Zhukovsky estableció un alto nivel para los traductores rusos, entre los cuales se encuentran algunos de los mejores poetas del país, incluyendo a Pushkin, Lermontov, Fet, Balmont, Briusov, Bunin, and Pasternak. Igualmente, los traductores rusos de prosa son en general, superiores a los traductores de obras rusas, en los Estados Unidos y en Inglaterra.

La literatura Norteamericana empezó a penetrar en Rusia mucho antes de que la literatura rusa penetrara en los Estados Unidos. El intenso interés en los Estados Unidos, una república creada de y por una revolución, fué responsable de esto. *A Brief Account of the Life and Personality of General Washington*, escrita en 1784 por un publicista y educador ruso, N. Novikov, dice: «Roma tiene su Camila, Grecia su Leonidas, Suecia a Gustavo, Inglaterra a Russell y a Sidney. Estos héroes gloriosos, sin embargo, no se comparan con Washington; él fundó una república la cual sin duda será un asilo de libertad, expulsada de Europa por el lujo y la corrupción».

Franklin fué el primer autor norteamericano cuyas obras fueron traducidas al ruso. El *Poor Richard's Almanac*, el cual apareció en San Petersburgo en 1784, seguido diez años más tarde por la publicación hecha en Moscú de los *Excerpts from Franklin's Notes with a Brief Description of His Life and Several of his Works*. En 1789, Franklin fué elegido unánimemente miembro de la Academia Imperial de Ciencias a pesar de la aversión y antipatía de Catalina Segunda por los revolucionarios norteamericanos.

La admiración por la democracia norteamericana dio comienzo a un casi místico sentimiento entre los rusos. De que ahí existía una extraña similitud entre las geografías y destinos políticos de los pueblos de Estados Unidos y Rusia. Este sentimiento que ha mantenido alguna fuerza hasta hoy, ha sido compartido por muchos norteamericanos y aún por hombres de

otros países. Walt Whitman le dió una elocuente expresión en su *Letter to a Russian*. El historiador francés de Tocqueville, insistió en su libro sobre la democracia norteamericana en el hecho de que sólo dos pueblos modernos se dirigen hacia un futuro magnífico, los rusos y los norteamericanos.

Los Decembristas, miembros de una organización revolucionaria, cuyo levantamiento el 14 de diciembre de 1825 fué ahogado en sangre, planearon la reorganización de Rusia, siguiendo el patrón de la Constitución de los Estados Unidos. Fuera que los Decembristas, conocieran o no lo escrito por Philip Freneau sobre la libertad:

*A las heladas tierras de Rusia
la llama generosa se extiende,*

ellos se familiarizaron con la historia y los héroes de los Estados Unidos e hicieron de la democracia norteamericana, un tema de estudio para las futuras generaciones de revolucionarios rusos.

Los frescos vientos políticos que soplaron del Oeste, prepararon el terreno para la literatura norteamericana, casi simultáneamente al tiempo en que ésta comenzó a tener personalidad. Primero fueron Washington Irving y Fenimore Cooper. Sus libros aparecieron en 1820 y en 1830, y llegaron a Rusia a través de traducciones del francés. El poeta más grande de Rusia, Alexander Pushkin, tenía siete de los libros de Irving en su biblioteca y una leyenda española que él descubrió en *La Alhambra* formó la base para el *Cuento del Gallo de Oro*, el cual más tarde inspiró una de las mejores óperas de Rimsky-Korsakov.

El *Sketch Book* de Irving fué el primero de sus trabajos que apareció en ruso. El interés en Irving continuó después de la revolución y doscientos cincuenta y nueve mil copias de sus obras fueron impresas entre 1918 y 1943. Pero el período de su influencia hace ya mucho tiempo que pasó.

Fenimore Cooper hizo su primera aparición en Rusia con *The Spy*. Fué publicado en Moscú en 1825, una mala traducción tomada de la versión francesa por Walter Scott. La popularidad de Cooper creció de novela en novela hasta que *The last of the Mohicans* lo hizo a él amigo y compañero de millones de rusos, especialmente de los muchachos. Uno de los más ardientes admiradores de Cooper en Rusia fué el gran crítico literario Vissarion Belinsky, quien entusiastamente caracterizaba a *The Pathfinder* como poseedor del poder y fuerza interna de un drama shakespereano. Después de una visita de cuatro horas con el poeta Mikhail Lermontov, quien había sido hecho prisionero por duelista, Belinsky escribió a un amigo: «Yo estaba sobrecogido de alegría cuando Lermontov me dijo que Cooper era más grande que Walter Scott; que había más profundidad y unidad creativa en los trabajos de Cooper. Yo he mantenido este punto de vista por mucho tiempo y he

encontrado en Lermontov a la primera persona que pensaba como yo. Como Mark Twain y Jack London, Cooper ha marcado un definitivo estado en la vida de millones de jóvenes rusos durante generaciones. Cooper «descubre» a Norte América para ellos. Maximo Gorky una vez dijo: «Leyendo las memorias de los revolucionarios rusos, encontramos frecuentemente que ellos pagan tributo a las obras de Cooper como educadoras de primera clase, porque desarrollaron en ellos un sentido de honor, valor y acción». Los niños rusos como los norteamericanos, durante generaciones han estado jugando a los indios, pero los jóvenes norteamericanos han perdido las adicionales alegrías y angustias de «escaparse a Norte América», tan bien descritas en la historia corta de Chekov, *Montigomo, la garra del cuervo*. Si en algo la popularidad de Cooper ha crecido, ha sido desde la Revolución. Las casas editoriales del Soviet han impreso dos ediciones de sus obras completas, además de trescientas treinta mil copias de sus más populares novelas.

Pocos libros han llamado a los corazones de los hombres con el poder de *Uncle Tom's Cabin*, de Harriet Beecher Stowe. Rusia no ha sido una excepción. Generaciones de rusos han usado el libro como una arma política en sus propias luchas. Se ha probado que este libro fue un aliado efectivo en la lucha por la liberación de los siervos en Rusia. En 1838, el editor del periódico mensual radical *Contemporary*, Nikolai Chernishovsky, uno de los más nobles demócratas y pensadores sociales de Rusia, envió a cada suscriptor una copia gratis de *Uncle Tom's Cabin*. León Tolstoy, quien leyó por primera vez el libro en 1854, dos años después de su publicación en los Estados Unidos, dijo cuarenta años más tarde que deseaba haber podido escribir una *Cabaña del Tío Tom* en ruso, acerca de los siervos. El libro no ha perdido su importancia como arma política actualmente y siempre que los problemas del negro norteamericano se discuten en la Unión Soviética, las referencias a

La Cabaña del Tío Tom, son inevitables. Los niños rusos, como los niños de todas partes, lloran y ríen con la historia. Ha sido reimpressa catorce veces después de la Revolución.

Es imposible calcular la influencia de Edgar Allan Poe sobre la poesía rusa en el siglo diecinueve y en la primera parte del presente siglo. Las primeras traducciones de Poe aparecieron en 1849, pero con la escuela simbolista en el siglo diecinueve, el verso de Poe llegó a ser una de las más importantes influencias extranjeras en la historia de la poesía rusa. Constantino Balmont, un destacado poeta simbolista, quien tradujo todas las obras de Poe, se refirió a él, como el primer simbolista del siglo diecinueve, y más enfáticamente, como «mi adorado cantor de canciones, el más refulgente de todos los trovadores de la eternidad, perdido vagando en nuestro planeta». Otro revelador mensaje de Balmont decía: «La poesía de Poe está más cerca, que ninguna otra de nuestra complicada alma enferma; es la verdadera incorporación de la majestuosa conciencia que mira fijamente con horror a la inevitabilidad del caos salvaje que lo rodea de cada lado». La prosa de Poe no ha echado raíces en Rusia como su poesía, pero la prosa también ha dejado su huella en los escritos de un gran número de escritores rusos. El principal de todos es Dostoievsky. El poeta simbólico Valery Bruiusov se refería a Poe como el «precursor y maestro de Dostoievsky en el campo de la psicología sutil». Un escritor ruso de inferior calidad, influenciado por Poe, fue Leonid Andreiev. El se refería a Poe como «el loco más grande del mundo, pero que es a la vez como el lógico más perfecto». Walt Whitman es el único poeta norteamericano que puede rivalizar en popularidad con Poe, en Rusia, pero el reconocimiento a su valor, vino más lentamente, igual que en los Estados Unidos. Las traducciones del verso de Whitman empezaron a aparecer solamente en el comienzo del siglo veinte, y la primera edición incompleta de las *Leaves of Grass* fué impresa en 1907. Los tres primeros intentos



el primero en 1872, para introducir al buen poeta gris a los rusos, fracasó aunque fue hecha por hombres como Ivan Turgenev y León Tolstoy. Aún cuando aquel infatigable poeta y traductor, Balmont, finalmente conoció a Whitman, y tradujo algunos de sus poemas al ruso, prácticamente fueron desconocidos. Whitman finalmente llegó a los rusos por medio de un curioso incidente whitmaniano, que envolvía a un joven crítico y a los hijos del poeta, Kornei Ivanovitch Chukovsky. He aquí su propia historia: «Un marinero ruso borracho, me acosó en el puerto, tratando de venderme una botella de ron que él había sacado de contrabando. Yo le dije que no bebía. Luego él me metió un librito en mi mano, me cerró el ojo y susurró: «Libro prohibido». Era el libro de Whitman, *Leaves of Grass*. Pagué veinte kopecks por él y antes de llegar a casa, ya me había vuelto un whitmaniano. Me hundí en ese libro como un clavo en el océano. Su colosal aliento completamente me tragó. Yo empecé a entender a Whitman y al leer el *Song of Myself*, me pareció que hablaba de mí mismo. Y entonces entendí que el propósito de mi vida era predicar las obras de Whitman». Chukovsky, ahora con setenta años, ha estado divulgando el evangelio de Whitman durante cuarenta años, y constantemente mejorando sus traducciones, la décima de la cual apareció en 1944. La tarea de dar a conocer a Whitman a los rusos, fué al principio muy ingrata y a veces peligrosa. En 1905, en conexión con la publicación de *Pioneers, O Pioneers!*, Chukovsky fué perseguido por «socavar los fundamentos del Estado». En 1911 una edición completa de *Leaves of Grass* fué destruída por orden de la Corte de Moscú. En 1913, la policía de Kharkov, Odessa, Riga y Vilno, prohibieron a Chukovsky, entonces en un viaje de conferencias, ni siquiera mencionar al poeta americano. Si los zares hubieran sido tan conscientes de la palabra impresa y tan estrictos como los bolcheviques, Chukovsky habría pasado mucha de su vida en Siberia. Los críticos literarios estaban tan locos como la policía. Algunos de ellos acusaban a Chukovsky de «inventar a Walt Whitman para evitar las responsabilidades de los insulsos y anárquicos versos». Un crítico hasta llegó a acusar a Chukovsky de locura, agregando, sin embargo, que tenía suficiente inteligencia para inventar un Walt Whitman que soportara la tormenta de una crítica adversa. Sin embargo, los poetas futuristas de Rusia, para quienes Whitman fué toda una revelación, como lo fué para Chukovsky, abrazaban al bardo norteamericano. Uno de los primeros futuristas, Khlebnikov, llamó a Whitman, «el psico-recibidor cósmico» y le encataba escuchar, durante horas, las recitaciones de las obras de Whitman en el original, aunque su conocimiento de inglés era limitado. Otros futuristas compartían la pasión de Khlebnikov por Whitman y aun

Vladimir Mayakovsky, llamado por Stalin «el más grande poeta de la era soviética», no ha escapado a la influencia whitmaniana. Mayakovsky supo por primera vez acerca de Whitman por medio de Chukovsky y se extasiaba durante horas oyendo a este último recitar *Leaves of Grass*. Después de 1917, los triunfantes Soviets aceptaron las ideas de Whitman, como lo hicieron con Jack London. *Pioneers, O Pioneers!* fué impreso en un folleto y distribuído en miles de copias. Una adaptación de *Europa* fué llevada a la escena en julio de 1918, en el Palacio de Cultura Proletaria de Petrogrado. Uno de los primeros libros publicados por el Soviet de Trabajadores y Diputados soldados, de Petrogrado, fueron los versos de Whitman, impresos en 1918, con el título de *Poetry of Democracy of the Future*.

Mark Twain y Jack London son los dos escritores norteamericanos que han llegado a tener la mayor significancia para los lectores rusos. Sus libros pueden encontrarse en las bibliotecas de los más grandes líderes políticos, artistas y científicos rusos, en las cabañas de los campesinos, en los camerinos de las bailarinas de ballet y en los estantes de toda biblioteca de pueblo y de fábrica en Rusia. Además de numerosas publicaciones de Mark Twain antes de la guerra, los primeros veintiséis años de régimen soviético han dado a los amantes de la literatura norteamericana, una buena edición de sus obras completas y casi tres millones de copias de diecinueve de sus libros más populares. Aun durante la guerra las editoriales soviéticas continuaron sacando obras de Mark Twain en varias ediciones impresas por las oficinas editoriales de la armada y de la marina roja. La primera historia de Mark Twain que apareció traducida al ruso (1872) fué *The Celebrated Jumping Frog of Calaveras County*. Esta publicación lo inició en la carrera como uno de los más populares y ciertamente de los más amados escritores extranjeros en la tierra del aristocrático Turgenev, del meditativo Dostoievsky y del pan-humanista Tolstoy. La historia apareció en el *Stock Exchange News* de San Petersburgo, acompañada por un artículo sobre Mark Twain, el cual lo citaba como el autor que se distinguía por «un elevado don original moldeado bajo la influencia de la completa nueva vida que ahora se levanta en los desiertos de California y en las montañas de la Sierra Nevada». Previendo a los lectores para que no esperen una fineza literaria de un buscador de oro y de un piloto del Mississippi, el periódico hace elogio de su «inextinguible fuente de buen humor, a su vívida imaginación, a su poderosa fantasía y a su alegría sin afectación». Desde entonces los cuentos de Mark Twain empezaron a aparecer en los periódicos y revistas rusos. La misma selección de historias en la primera revista que imprimió la obra de Mark Twain, *Homeland Notes*, en 1877, sirve para demostrar que los rusos muy pronto

Una Imprenta para REPERTORIO

Este noble propósito del escritor venezolano Aquiles Certad, sigue su curso, en Costa Rica y en América.

Anotamos las últimas contribuciones:

Claudia Lars contribuye con 30 ejemplares de su libro *Sonetos* (A \$ 3.00 c/u. Exterior: Un dólar.)
La Srta. Prof. Georgina Ibarra Benjaraño contribuye con..... \$ 20.00
Luis Villaronga contribuye con..... \$ 20.00
y nos manda esta noble carta:

San Juan, Puerto Rico,
Marzo 26, 1947.

Sr. Don

Joaquín García Monge,
Editor de Repertorio Americano,
San José de Costa Rica.

Querido Maestro:

Tuve el placer de recibir su carta, bondadosa como todas las suyas.

No sabe lo que me alegra saber que sigue adelante la iniciativa de adquirir una imprenta para el Repertorio Americano. Tiene que ser. Debe haber un movimiento americano, continental, para que ese proyecto se torne realidad. Para que las páginas albas, puras, fuertes y ágiles del Repertorio cubran las vastas extensiones espirituales de América.

¿Qué menos podemos hacer que contribuir, en la medida de nuestras fuerzas, a tan noble empeño? El Repertorio Americano —le he dicho en otra ocasión— es el lazo que une a los escritores y artistas de América. Por él venimos en conocimiento unos de otros y por él hemos establecido relaciones fraternas, cordiales, con muchos compañeros. Hay demasiado mercantilismo, demasiado periodismo calibanesco, pantagruresco, en nuestros países, para que no resulte grato, sorprendente, ver un periódico tan desinteresado, tan puro, tan idealista, como ese su Repertorio Americano.

Hoy le remito un giro por veinte dólares, oro americano, y déjeme saber cómo va la lista de cuotas para este noble y hermoso proyecto americano.

Suyo, con un abrazo,

LUIS VILLARONGA

Seguiremos anotando las nuevas contribuciones que nos lleguen.

lo aprendieron como un brillante humorista y narrador de cuentos, como satírico y como filósofo. La popularidad de Mark Twain con los rusos es sobrepasada solamente por la de Jack London. Ningún autor extranjero puede alcanzar a London en Rusia, ni siquiera Víctor Hugo, cuyos libros han sido traducidos a cuarenta de las lenguas de la Gran Rusia. Richard Henry Little ha dado una vívida reseña de lo que Jack London significó para los rusos durante la revolución: «Nunca hubo un autor tan idolatrado como Jack London entre los rusos. Aparentemente todas sus obras han sido traducidas al ruso. Yo las he encontrado por todas partes. Los oficiales se las pasaban de mano en mano. Frecuentemente ví a grupos de soldados sentados en los bosques, mientras el hombre que podía leer lo hacía en voz alta al estupefacto grupo que lo rodeaba. En cada hora de comida, los oficiales querían que yo les contara todo lo que sabía de Jack London».

El mismo Lenin compartió el interés de los soldados y cuando estaba lentamente muriendo, su esposa Nadezhda Krupskaya, le leía historias de Jack London. Dice Krupskaya que no todo lo que ella le leía, le gus-

taba. London, el contador de historias, intrigaba a Lenin; London, el crítico social, lo aburría. La mayoría de los lectores rusos han opinado lo mismo. *Martin Eden*, *The Sea Wolf*, y *White Fang*, son más populares que *The Iron Heel* y *The War of Classes*.

Si es posible, London llegó a ser aún más popular durante la guerra. La influencia de London en el género folletinesco duró varios años; su estilo y virilidad han influenciado mucho las historias de guerra. La más popular de las historias cortas de regular tamaño que salieron durante la guerra, *March-April* de Vadim Kozhevnikov, puede servirnos de ejemplo típico. Desde el principio hasta el fin la historia está escrita a la manera de Jack London. Cuenta de las aventuras de un oficial soviético y de una radio operadora que descendieron en paracaídas como espías para producir estragos en la retaguardia enemiga. Stalin estaba tan impresionado que telefoneó del Kremlin al frente de batalla para felicitar al joven autor.

La antigua y siempre creciente simpatía entre ambas naciones ha formado un interesante fondo para el ascendente interés de los rusos por la literatura norteamericana. Pero ahora hemos llegado al dramático y

difícil período de las relaciones ruso-norteamericanas, que siguieron a la primera guerra mundial, y que casi destruye la amistad entre los dos países. Este período tuvo un gran reflejo de la comunión literaria de los dos pueblos, y se caracterizó por un miedo, sospecha y condenación mutuos. Los rusos resentían hondamente la intervención norteamericana en el norte y en Siberia, «el pánico rojo» que culminó con la radical persecución de brujas y el «Arca Soviética», y la política hostil de no reconocimiento a la USSR, a la cual no se adhirieron los Estados Unidos hasta 1933. El resentimiento norteamericano con Rusia, era también justo y tan violento en su expresión como el ruso, debido a la paz separada que los bolcheviques firmaron con Alemania, debido al terror rojo, a la repudiación de las deudas externas, al ateísmo militante, a la creación y actividad de la Tercera Internacional y finalmente, a la propaganda anticapitalista que el gobierno soviético fue acusado de conducir en los Estados Unidos y en otros países. Era contra este fondo de recriminación y resentimiento mutuos, la discusión de que queda completamente fuera la intención de este estudio, por lo que los «bad men» de la literatura americana—Upton Sinclair, Sinclair Lewis y Theodore Dreiser, llegaron a ser tan populares en la Rusia Soviética. Los nombres de otros escritores de importancia social como John Dos Passos, Langston Hughes, Erskine Caldwell, John Steinbeck y Richard Wright, pronto se unieron a los otros tres. Estos hombres se ocupaban en revolucionar la conciencia social norteamericana con la complacencia del país. Pero ellos llegaron a ser el espejo de la vida norteamericana para los lectores rusos. Sus libros hicieron estragos con el casi universalmente conocido concepto de los EE.UU. como un paraíso hecho para los hombres, y de los norteamericanos como musculares y felices semidioses rectos y libres. El rey de los *sacadores de trapos sucios*, Upton Sinclair, creció en popularidad por lo menos con las casas editoriales soviéticas, aún con el amado de los lectores rusos, Mark Twain. Sinclair era, desde luego, conocido en Rusia mucho antes de la revolución. Leon Tolstoy fuertemente recomendaba *The Jungle* para ser publicada

en Rusia tan pronto como ésta salió a la luz en 1906, diciendo que el libro era «estupendo» y ensalzando el conocimiento del autor acerca de la vida diaria de los trabajadores norteamericanos. Simultáneamente, Tolstoy puso a Sinclair a trabajar por sus ideas socialistas. Años más tarde, en 1915, Lenin lo hizo también. El dijo que Sinclair era un «socialista de emoción sin fondo teórico». El plantea el problema en una forma muy simple: se indigna acerca de la guerra que se ve venir, y busca la salvación de ella en el socialismo.»

Después de la revolución, los libros de Sinclair prácticamente inundaron el mercado. Siete ediciones de sus obras coleccionadas aparecieron en cinco años, suplementadas por ediciones en masa de sus más populares novelas. Muchas de ellas, especialmente *The Jungle* y *Jimmie Higgins*, llegaron a ser lecturas obligatorias para todos los estudiantes de ciencias sociales y de la estructura de la sociedad capitalista.

Los lectores soviéticos encontraron en Sinclair Lewis más satisfacción artística, especialmente en *Arrowsmith*, la cual muchos rusos consideran como la mejor novela escrita en los Estados Unidos. Paralelamente con la apreciación de Lewis, creció la gran fama de Dreiser. Prácticamente todas sus novelas se han impreso y vendido en Rusia en números suficientes para considerarlos los más leídos autores de cualquier país del mundo. Basándome en francas conversaciones con rusos durante muchos años y tomando en cuenta las reacciones de los lectores moscovitas y de otras ciudades, y también las declaraciones de los escritores soviéticos, he llegado a la firme convicción de que la desnuda realidad del panorama norteamericano que los rusos están descubriendo en las obras de los autores antes mencionados, es visto por ellos, sin pensar en lo más mínimo que sus ideas sean una condenación a los Estados Unidos de América o a la naturaleza humana. Extraño como puede parecer a muchos norteamericanos, los rusos encuentran en estas palabras el humanismo y la apasionada honradez, el sufrimiento y la pesquisa que ellos se han acostumbrado a buscar en los libros de sus mejores autores. Es por esto que las palabras del poeta soviético Pavel Antokolsky pueden ser dichas para reflejar la actitud general de los lectores rusos para con los autores norteamericanos bajo discusión. «Ellos participan en la contienda diaria que estamos sosteniendo contra las fuerzas del fascismo. . . Ellas son parte de la vida diaria del pueblo soviético.»

Ningún estudio sobre la literatura norteamericana en Rusia puede omitir a Ernest Hemingway. El ha sido una verdadera revelación para los lectores soviéticos, particularmente para los intelectuales y principalmente, para los escritores. El es uno de los más leídos y de los más apasionadamente discutidos de los escritores extranjeros presentes. Sus obras cuando pueden encon-

AHORRAR

es condición *sine qua non*
de una vida disciplinada

DISCIPLINA

es la más firme base
del buen éxito.

LA SECCION DE AHORROS

— del —

**Banco Anglo
Costarricense**

(el más antiguo del país)

está a la orden para que usted
realice este sano propósito:

AHORRAR

ANTONIO URBANO M.

EL G R E M I O

TELEFONO 2157

APARTADO 480

Almacén de Abarrotes al por Mayor

SAN JOSE, COSTA RICA

trarse en librerías de libros de segunda mano, alcanzan precios increíbles. *For Whom the Bell Tolls* no ha sido publicado todavía en Rusia, pero el manuscrito ha sido magníficamente traducido y leído prácticamente por todos los miembros de la Unión de Escritores, por los editores, por críticos literarios y por legos que tengan alguna influencia en el mundo literario. Ensayos críticos han sido escritos sobre Hemingway. Ivan Kashkin, uno de los mejores críticos literarios y traductor, está completando un libro sobre Hemingway. Ilya Ehrenburg recientemente dijo en un ensayo sobre Hemingway que «no puede tener imitadores porque su arte es orgánico». Pero a pesar de la elocuencia del argumento de Ehrenburg, hay algo ya de una escuela heming-

waiana en el folletín soviético actual.

Los rusos agradecidamente reconocen su deuda con la literatura norteamericana. Ellos también con orgullo se dan cuenta de la gran influencia que sus propios escritores han tenido en los hombres de letras norteamericanos. El poeta soviético Ilya Selvinski lo indicó así cuando escribió hace poco: «Yo no diré que ellos imitan a Leon Tolstoy o a Anton Chekov. Estos escritores norteamericanos han nacido del suelo de los Estados Unidos y han echado profundas raíces en él. Pero habiendo nacido en los Estados Unidos y habiendo conocido el mundo a su alrededor, esos autores percibieron el sonido de esta voz hermana. Esa voz vino de Rusia, tan distante y aparentemente tan ajena a ellos en todo».

EL MITO DE NUESTRO TIEMPO

(De *El Tiempo*. Bogotá, marzo 10 de 1947)

Rasgo característico de la fisonomía actual del mundo es la cantidad de libros, ensayos y artículos que se están publicando sobre este tema: la revolución. No debe sorprendernos. La marcha del pensamiento sigue a la de la vida como la sombra al cuerpo. Hoy se estudia con tanto empeño ese fenómeno social, la revolución, sencillamente porque nos hallamos en un período revolucionario.

Ya lo vió así, hacia el final de la guerra, Edward Hallet Carr en su famoso libro *Condiciones de Paz*. Toda guerra que no sea de carácter meramente local y limitado—opina Carr—forma parte de un proceso revolucionario. Si los vencedores no se percatan de ello y pretenden restaurar el pasado, volver al «status quo ante bellum», perderán la paz. Como la perdieron en 1918.

Entre las obras dedicadas a este tema candente—«candente», en el doble sentido de la palabra—se destaca la de Edwards, *Historia Natural de la Revolución*. Según él, toda verdadera revolución lleva en su seno, como fuerza propulsora, un mito social. No bastan las condiciones económicas o la situación política para determinar el estallido revolucionario si éste ha de ser más que un motín, un tumulto, una pasajera o superficial agitación y está llamado a provocar una de esas transformaciones en grande escala, en grande estilo, que cambian el curso de la historia. La revolución auténtica necesita «una dinámica de índole genuinamente espiritual y religiosa». El mito es el alma de la revolución.

Dicho de otra manera: una revolución se produce—según Edwards—cuando los hombres dejan de creer en un mito social y empiezan a creer en otro.

Pero, antes de que llegue al alma de las masas, este cambio se realiza en la conciencia, más sensible, más despierta, de los llamados intelectuales, de los filósofos, los escritores, los universitarios. Así lo observa Brinton Crane, en otra de las obras publicadas sobre ese mismo tema: *La Anatomía de la Revolución*. Pensemos en lo que ocurría en la Francia del siglo XVIII o en la Rusia de la segunda mitad del XIX. Cuando en los círculos intelectuales está muriendo el mito que sirve de base ideológica a

una sociedad y apunta, en cambio, un nuevo mito social, la revolución está cerca.

Muy bien, se dirá: pero, ¿qué es, en este sentido, un mito?

Un mito, en este sentido sociológico, viene a ser, a mi juicio, un plan de acción o un proyecto de organización para una colectividad humana, o para la humanidad entera, que reúna estas tres condiciones: ser irrealizable. Suscitar, sin embargo, la fe en que puede realizarse y en que, cuando se realice, los hombres alcanzarán la justicia, el bienestar, la libertad, la fraternidad, la felicidad. Y, tercera condición: despertar, mediante esa fe, una tal tensión de las energías vitales, un tal entusiasmo, un tal impulso combativo, un tal ímpetu renovador, que, aún siendo irrealizable el mito, se logren con él positivos resultados buenos o malos, buenos muchas veces, en forma de efectivas mejoras o progresos extraordinarios.

Recordemos a este propósito las *Reflexiones sobre la Violencia* de Georges Sorel. En este libro tan divulgado, el filósofo del sindicalismo exaltaba «el mito de la huelga general» como medio de la transformación revolucionaria de la sociedad... En el fondo, Sorel no creía en el mito, pero estimaba que servía para mantener vivas las fuerzas combatientes del proletariado.

No podemos olvidar tampoco *El mito del Siglo XX*, de Rosenberg. La doctrina facista del nacional-socialismo germánico era mito. Ni hay una raza alemana; ni, de haberla, sería la raza superior; ni si lo fuese, tendría derecho a dominar sobre los otros. Pero ese mito del racismo tuvo poder, poder diabólico para provocar la guerra mundial. Rosenberg, el teórico del racismo, lo mismo que Hitler, su profeta, y que Goebbels y Goering, han desaparecido de la tierra. Pero, el racismo no habrá muerto hasta que el mito no se haya desvanecido en el corazón de los alemanes.

Se pretende ahora que están llegando a su ocaso los grandes mitos que entusiasmaron a nuestros abuelos y en los que todavía creyeron nuestros padres: democracia liberal, soberanía nacional, libertad económica, igualdad humana. No quiere esto decir que tales

principios sean erróneos o inaceptables. No. Pueden ser excelentes. Lo que se afirma es que han perdido su arrebatadora cualidad de mitos; que ya no encienden las almas, que no arrastran a las muchedumbres enardecidas, que no despiertan aquella ilusión suprema que llevaba ayer a los hombres a consagrarles la vida y a arrostrar la muerte.

Hay demócrata que sostiene, por ejemplo, que no se ha encontrado hasta ahora una fórmula mejor que el régimen parlamentario con todos sus defectos, o que arguye que el sufragio universal le parece el mal menor... Pero el mito no se presenta jamás como defectuoso, ni como el mal menor. El mito quiere ser el bien supremo.

Ante la agonía de los viejos mitos son muchos los que cifran su esperanza en el nacimiento de mitos nuevos. Mitos políticos, mitos sociales. Por eso afirman que en ese terreno, sobre todo para las masas, no basta una convicción, hace falta una mística. En realidad, no piden una mística sino una mítica.

¿Estará así la cuestión bien planteada? Lo dudo yo mucho. No me parece que la solución al problema de nuestro tiempo pueda ser mitológica.

Hay quienes tratan hoy de sustituir el mito social por la ciencia social. Tal es, en parte, la tendencia que muestra el profesor Hopper en su excelente estudio sobre *El Mito Social en la Dinámica de la Revolución*. «Es imperiosa la necesidad—escribe Hopper—de crear una ciencia de la conducta, una ciencia del actuar que abarque un conjunto de conocimientos a cuya luz los hombres pueden determinar los valores a que deban adherirse».

Pero la ciencia no basta para sustituir al mito. Ya lo reconoce el propio profesor Hopper. «El concurso de la fe no puede eludirse», dice. Y tiene razón. Porque la ciencia estudia la realidad, «lo que es» y el hombre avanza atraído por la luz de «lo que debe ser». La ciencia propiamente dicha investiga cómo es el mundo presente pero no nos revelaría cómo debiera ser el mundo futuro.

El mito ha de ser reemplazado por lo que, con un viejo nombre, llamaríamos un ideal. La diferencia entre los dos consiste en que aquél es irrealizable, en tanto que el ideal, aunque nunca agotado totalmente, es parcialmente, progresivamente realizable.

Y un ideal, un ideal nuevo, no un nuevo mito, está surgiendo en nuestro tiempo: la unidad del mundo. La unidad del mundo, la convivencia pacífica entre todos los Estados, la cooperación económica y espiritual entre todas las naciones, la solidaridad entre todos los pueblos, el esbozo de un gobierno del universo, es hoy, a la vez que una elevada aspiración una necesidad vital de la humanidad.

Hacia este ideal la humanidad se vuelve, esperando que sus estadistas sepan y quieran abrirle camino. Ve que es esta la solución única, que este «debe ser» el desenlace del drama, cuyos dos primeros actos han sido las dos guerras mundiales.

LUIS DE ZULUETA

EL INDIO PRUDENCIO

Para *Repertorio Americano* y para su doctor director. Fraternalmente,

MARÍA FERNÁNDEZ DE TINOCO

Era en el año de 1901, en Semana Santa. Brisas de abril con ritmo de vientos alizios, mecían los cafetos de nuestra heredad y su primicia: el botón que al leve rocío de mayo, se abriría.

Albergue ideal para el vivir tranquilo, era esta finca en las regiones atlánticas de mi tierra; medio propicio para iniciar las primeras experiencias de los años juveniles en la vida hogareña y encauzar la futura felicidad.

Fué sin duda por estos y muchos más felices motivos, que jamás en los desfiladeros de la legendaria Quebrada Honda se oyó un solo eco desabrido de las voces de guerra proferidas antaño por nuestros mayores, cuando marcaban el paso entre los altos cerros y lograron subyugar al pirata invasor de nuestras ricas costas de Matina! La dulce paz allí disfrutada, sirvió de manto protector a mi espíritu intuitivo, el que no captó una sola vibración afrentosa, de los derrotados bucaneros de Mansfelt!

Recuerdo sí con admiración el dentado con que el brazo fuerte de Minor C. Keith abrió de un tajo aquellas moles de granito para tender cinta doble de acero por donde se deslizaba a todo vapor su famoso ferrocarril al Norte, frente a nuestra casa; y nunca dejé de alabar, cada vez que a caballo recorríamos los empinados caminos cerriles de la finca, que al valor y pericia de mi compañero se debió también ese trazado, que llevaba por objeto regar por primera vez en las inclinadas laderas de los históricos desfiladeros de Quebrada Honda, la simiente de nuestro grano de oro, el que aún hoy produce a sus dueños óptima cosecha.

Y tampoco echo en olvido que como corresponde a toda dueña de finca, fui vigilante del bienestar de los servidores y sus mujeres y niños en cuanto atañe a salud e higiene. Múltiples veces los recomendé al médico del pueblo, vecino o les apliqué esos mil remedios caseros y sencillos que jamás faltan a toda señora de casa.

Una mañana, en ese preciso año, cuando repasaba en el cuaderno de apuntes diarios, mi lista de enfermos, una pobre mujer esposa de un palero, se presentó solicitando una medicina para su hija de siete años. Pálida y desgredada apareció la enfermita que padecía de una nube en un ojo. Insistía la madre que de mi famoso anaquel habría de salir la panacea. ¡Pobrecita, cuánta compasión me despertó!

—Imposible, —Petra, imposible— le contesté, —¿no vé que hasta allí no llega mi saber?— Lleve la niña al Doctor de Juan Viñas—él la curará—sin duda.

—Pero, señora—lloraba la madre—¿no vé que ya se la llevé y me la encontró incurable? Le dió píldoras y medicinas... y la nube no merma. Ya la chiquita no vé.

Con pena tuve que convencerla de mi ignorancia; redoblé mi insistencia de consultar un médico y logré hacerlas pasar a la cocina para «un puntalito» de Charlie; pero comprendí cómo era necesario en este caso más que cualquier bocado, el pensamiento de amor por el que sufre!

En la tarde regresaba yo de los cafetales y al desmontar mi yegua predilecta, hallé en el umbral de la entrada a Petra, que aún pululaba con su pequeña. Se había tapado aún más con el oscuro chal y en sordina, con esa voz infinitamente triste y humilde del mendigo, me repitió:

—Por vida *suyitica*, señora, hágame la caridad—que sólo usted me la puede curar.

Hay voces que llegan al alma! La de Petra penetró en lo más profundo de la mía. Yo no era madre; pero el tierno sentimiento, anegaba mi ser con dulce y vana añoranza. Así fué que entré en comunión con su dolor y tras una instantánea meditación, mi fuero interno aprobó la sugerencia de «Prudencio el indio» y puse en mis labios esta frase que le volvió la esperanza:

—Bueno, bueno, Petra. Vuelva dentro de una semana, y lave el ojo de la niña con agua de rosas—pero frescas. Charlie le dirá cómo.

Las maravillosas curaciones del suquia eran legendarias.

¿Y quién era él?

Un indio güetar de raza. Sin duda alguna, uno de esos posibles descendientes de Guarco o de Garabito que al igual que sus bisabuelos, amó su terruño y su libertad y se quedó rezagado entre riscos y cañadas como curandero de su tribu en las vegas del Reventazón, aprendiendo en la naturaleza a curar a su prójimo. Vivía en la isla, agreste parcela rodeada por el torrente; y desde antaño don Saturnino Tinoco, el fundador de Juan Viñas, y su recordado primogénito don Federico, lo dejaban vivir en aquellas tierras que cultivaba de plátanos, granos y pejívalles. Con su prole se dedicaba a la pesca del luciente bobo, y en estas faenas le había conocido, admirando la destreza de sus hijos, y la suya para curaciones.

Ahora, para miércoles santo teníamos proyectado paseo a los Bajos del río; así es que se presentaba la ocasión para pedirle un alivio...

Cuatro horas de buen andar a caballo, que para eso había entusiasmo y juventud, nos llevó al rancho de Prudencio. Recuerdo que era ya muy anciano, algo más alto que los indígenas que de Tucurrique nos visitaban, ofreciendo chirraca, zarza y copal; pero no tenía canas, solamente le surcaban mil arrugas en las facciones enjutas, dejando libres sus ojos chispeantes y pequeños.

Los vecinos decían que frisaba en el siglo, pero aún estaba tan alerta que esa mañana le encontramos al frente de su casa remendando con cinco nietos las canastas de burío del uso diario. Nos dió respetuoso la bienvenida y pronto lo impuse del objeto de nuestra visita.

Se quedó mirándome desconcertado, como si estuviese consultando el libro de recetas de su mente, y tras breve parpadeo de sus ojos entrecerrados, me dijo:

—El caso es difícil, doña María—pero le prometo tantear —Vengan—nos dijo luego de haber amarrado las bestias a la sombra —y lo seguimos.

Pasamos como una exhalación por el rancho pobre y oscuro, en donde su mujer, la Morocha, entumecida de dolamas picaba hojas de chircagre sobre una tabla redonda, y tras los saludos de rigor a ella y sus hijas, que atemorizadas se escondían, seguimos al cerco, charral sin gran simetría ni plan, pero donde crecían sus famosos remedios.

—Allí —me dijo—allí está lo único que yo conozco capaz de disolver las nubes.

Señalaba Prudencio con tal certitud un arbusto de romero coposo y fresco que nuestras miradas se extasiaron en la planta. Estaba en plena florecencia, y el indio acercándose, arrancaba las corolas fragantes sin tomar ni una sola hoja ni un tallo. Me invitó a seguirlo en su faena y pidió un periódico a su hija; pero intervine muy a tiempo para reemplazar el papel de dudosa proveniencia por un impecable pañuelo que saqué del bolsillo de pecho de mi marido.

—Aquí—Prudencio—aquí—le dije—teniendo el cuadrado de lino en el que fueron cayendo y amontonándose las delicadas flores color lila claro, sutiles como alas de mariposa y, perfumadas. Concluida la operación hizo un doble nudo del lino y me lo entregó.

Cuando nos refrescábamos sentados en el escaño renco que una piedra del río sostenía, bebiendo a la sombra agua de pipa en sus copas naturales, continuó el buen indio diciendo:

—Ahora—al llegar a Quebrada Honda busque un frasco de vidrio de boca ancha. Bien lavado con agua hirviendo y seco; servirá para llenarlo hasta el tope de las flores de romero que han de aguantar antes, un día de sol. Estrujadas bien, tápanse con el tapón y séllese este con un buen poco de cera negra de arragre o de jicote. Abrase un hueco de a vara donde le dé bien el sol y el agua, y entiérese el frasco echándole todo el terraplén encima y pisoteando con fuerza. Déjelo quieto por 4 meses, al cabo de los cuales desentierre su remedio. No le haga—ché—porque ve que en lugar de flores hay un moho repugnante y negro. nó; no le agregue ni guaro ni agua. Deje que el moho, que estará todo sudado, resbale sobre un traste limpio, lavando por supuesto el frasco antes de remover cera y tapón. Lo que le resulte, aprételo bien y cuélelo en una de esas tarlatanas limpias que usan en el hospital de Cartago para curar heridas... pase lo que resulte a un frasquito bien limpio, nuevo, póngalo dentro de una latita de las de salmón llena de agua fría pero que no flote—parejo—que quede. Cuan-

Repertorio Americano

EDITOR:
J. GARCÍA MONGE
TELEFONO 3754
CORREOS: LETRA X
En Costa Rica:
Suscrip. mensual \$2.00

CUADERNOS DE CULTURA HISPANICA

El suelo nativo es la única propiedad plena del hombre, tesoro común que a todos iguala y enriquece, por lo que para dicha de la persona y calma pública, no se ha de ceder ni fiar a otro, ni hipotecar jamás.

José Martí

EXTERIOR:
Suscripción anual:
\$ 5 dólares
—
Giro bancario
sobre Nueva York

do el amor del fuego ya va a alzar hervor, saque el frasquito: ya está listo el remedio y se aplica al ojo enfermo con un gotero; una o dos gotas, tres veces al día, pero frío.

—Prudencio le dije admirada, cuando ya íbamos a iniciar nuestra marcha de regreso, aquella mañana en La Isla, —¿cómo supo usted de este remedio que me parece tan sabio?

—Ah, doña María, ¿me deja decirle algo que le oí un día a don Federico, su suegro?

—Pues por supuesto —Prudencio— le contesté,

—Bueno, pues hace tantos años que lo aprendí que ni me acuerdo. Es que... «más sabe el diablo por viejo que por diablo». Y rió con tanta gana que ese fué el último recuerdo que me traje llena de gratitud, de aquel viejo indio, pues por haberme adelantado a pasar el río no pude luego ver sus genuflexiones y sonrisas, cuando mi compañero recompensó con creces, la revelación del secreto que nos diera ese suquía de los confines del Bajo del Reventazón.

¿A qué volver sobre lo escrito?

Por la magia de las flores de romero, en tan extraño breva, curó la niña de la nube aciaga en su ojo derecho. El colirio pasó de mis manos a su órgano enfermo y no fué solamente la madre agradecida quien

jamás olvidó al buen curandero: mi memoria guardó hasta el más mínimo detalle de tanta sabiduría en sus frases campesinas.

Hoy, después de casi diez lustros, la ciencia ha ido a pasos de titán conquistando laureles en favor de la humanidad sufriente, con los famosos descubrimientos en la farmacopea. Cada minuto en el reloj del tiempo, marca una nueva victoria y se llenan de gloria los heroicos galenos y los bacteriólogos que ayudan a aliviar el dolor de las multitudes.

Y yo formulo este signo de pregunta:

¿En cuál escala de honor hemos de colocar al indio Prudencio, a este huetar humilde de los bajos del Reventazón, hoy sede en «La Isla» de una de las más valiosas empresas cafetaleras del país?

¿Qué calificativo adecuado hemos de aplicar a este suquía de los huetares, quien hace ya más de medio siglo recetaba la Penicilina, descubierta hoy día, pues no otro nombre puede dársele a este original colirio que arranca del moho?

La justicia tarda a veces en llegar; pero como es eternamente la misma: sabia y verídica... algún día levantará su voz para dar al indio americano su merecido.

APAÍKÁN

San José, Costa Rica, marzo de 1947.

DEL QUE MANDA

(En el Rep. Amer.)

(De mi libro inédito: *Las Visitas de Zaratustra*).

Mandar es poder. Si no hay poder no hay mando. Pero existe un peligro en el mando: no saber mandar. El mando es intuitivo; es decir: no se incuba en la ciencia ni en el conocimiento. Más aún: carece de ciencia y carece de conocimiento. Pero quien manda bien, crea una ciencia: la ciencia del mando.

El mando no es debilidad ni es producto de la debilidad: es fuerza, es hijo de la fuerza. Pero de una fuerza noble: de la fuerza que produzca el bien.

El poder que construye palacios y en éstos se albergan la sonrisa y la alegría, es el poder del bien. Quien manda así conoce el mejor secreto de la sabiduría: el secreto del bien. Saber mandar es hacer, es tener, es crear. El que no crea no sabe mandar, peor aún: no nació para mandar.

El poder huye de las manos del que no sabe poseerlo. El secreto del mando no consiste en ser rey sino en saber ser rey. La vida tiene que ser un gesto de satisfacción, nunca un gesto de amargura. El que manda y con sus actos imprime curvas trágicas en

el semblante de las masas es un monstruo: equivocó el camino: no nació para mandar: pertenece a la clasificación de los anormales y su verdadero sitio es una jaula de fieras.

El que manda debe creer que no está mandando sino que está obedeciendo.

El que manda y sabe mandar es producto de una ley oculta. Su misión es humana, profundamente humana. Debe trabajar enseñando. Su poder de mando debe ser una enseñanza. Las multitudes deben contemplarlo y aclamarlo. El surco en que siembran las multitudes tiene que ser abierto por el que manda. Ese surco debe estar empapado, perennemente, del sudor del que manda. Las muchedumbres, llorando de felicidad, aprenderán así a abrir surcos y a empaparlos con su propio sudor.

El mundo es de los que siembran. Por eso el que manda tiene que ser un gran sembrador. Debe concebirse así la existencia del que manda.

Quien manda, quien tiene el poder es el primer esclavo de una verdadera democra-

LEA DE MAX JIMENEZ

EL JAUL (Prosa)

El Domador de Pulgas (Prosa)

REVENAR (Versos)

Obténgalos en el

Repertorio Americano

Venta para el fondo Imprenta Repertorio

EXTERIOR:

Precio del ejemplar: \$ 1.00 U. S. A

cia: esclavo del amor; esclavo del dolor: esclavo del amor y del dolor para ser esclavo de la felicidad. Su amor, su dolor, su deber, su felicidad, son el amor, el esclavo de la felicidad. Su amor, su dolor, su deber, su felicidad, son el amor, el dolor, el deber, la felicidad de su pueblo. Su pueblo tiene que identificarse con él, con el que manda, con el que tiene el poder, en el amor, en el dolor, en el deber, en la felicidad. Y tanto más amor y dolor y felicidad saboreará su pueblo cuanto más esclavo sea el que manda del verdadero deber de mandar.

Mandar es luchar, trabajar, hacerse y hacer. El pueblo no puede hacer si no hay quien lo mande a hacer. Pero para que el pueblo haga, hay que enseñarlo primero. Luego: el mando es una escuela, el poder es una disciplina. Al pueblo le gusta ver hacer para hacer él. Que haga el que manda: que construya para que el pueblo haga y construya. Mandar no es quitarle al pueblo: es darle. Si el pueblo está con hambre y el que manda, no, el pueblo llora pero no de felicidad: llora de tristeza. La conciencia del que manda tiene que ser un día de sol en un cielo despejado. Un pueblo triste es un pueblo tiranizado. En el pueblo hay niños y hay mujeres y hay enfermos y hay ancianos. Esta es la clasificación de los débiles. A los débiles se les da la mano; se les quita de la intemperie; se les procura un abrigo; se les cura, se les alimenta. El que manda y a su paso por las avenidas es aclamado por los débiles, es un triunfador, es un verdadero encarrilador de pueblos.

Se despidió Zaratustra para volver a la mañana siguiente.

J. FRANCISCO VILLALOBOS ROJAS

Alajuela, Costa Rica, abril de 1947.

ADVERTENCIA A LOS SUSCRITORES

En esta página termina el tomo XLII del *Repertorio Americano*.—Si lo colecciona, si lo empasta, recoja el INDICE de autores y asuntos que en esta entrega le incluimos,

Repertorio Americano

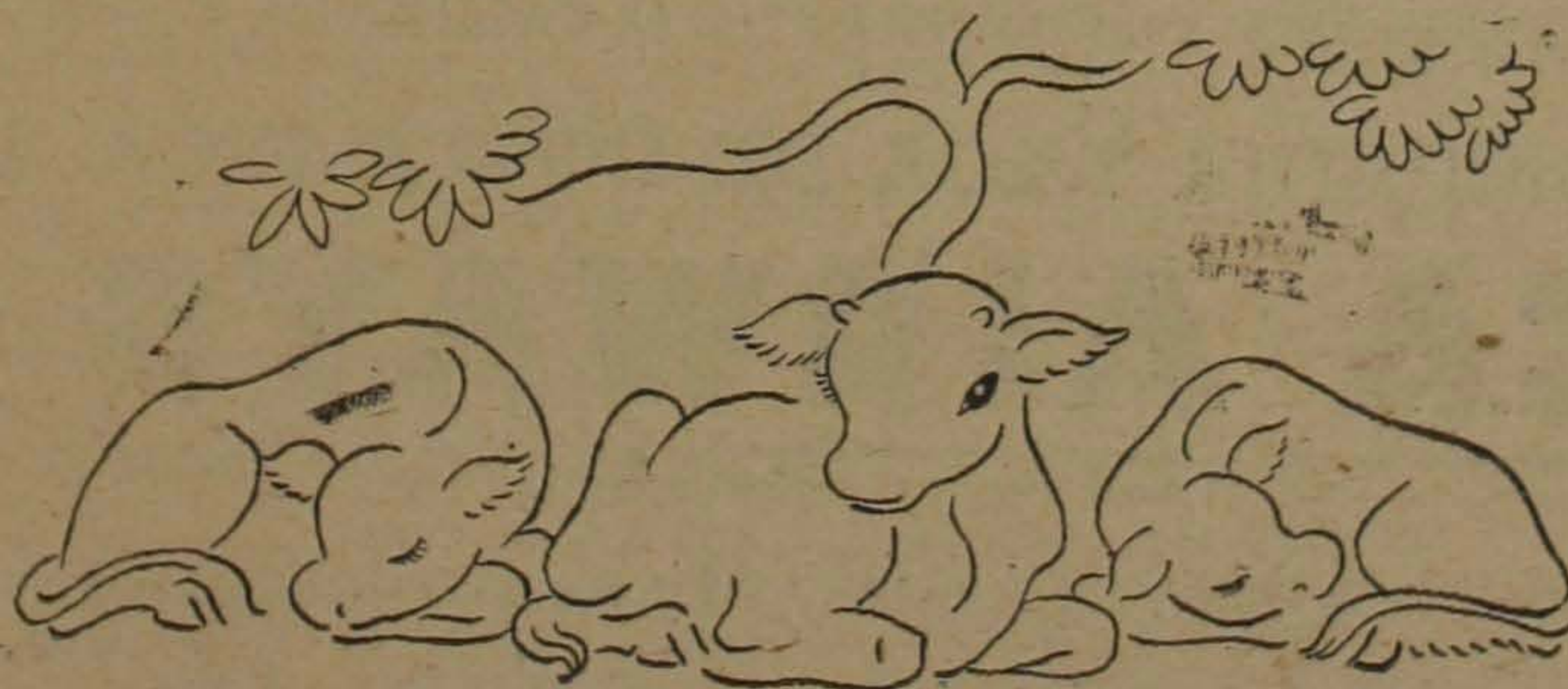
INDICE DEL TOMO XLII

AUTORES Y ASUNTOS

- A. A.—Juan Vicente González, pág. 425.
Aclaración del editor, pág. 366.
 Acuña, José B.—Sed eterna, pág. 358.—La poesía, pág. 364.
 Agüero Chaves, Arturo.—Exhortación, pág. 234.
 Aguilar Machado, A.—Se trata de dos libros costarricenses, pág. 78.—Martí, pág. 200.—Leon Felipe, pág. 232.
 Aguirre Agudelo, R.—Son horas confusas, pág. 328.—Carta abierta, pág. 359.
 Akhnaton.—Himnos, pág. 89.
 Albertazzi Avendaño, José.—Retorna, pág. 189.—Hijo mío..., pág. 341.
 Alborno, Alvaro de.—La gran traición católica española, pág. 272.
 Alegría, Claribel.—Poesías, págs. 261, 268 y 276.
 Alessandri, Arturo.—La vida de O'Higgins de Eugenio Orrego Vicuña, pág. 417.
 Alfaro, Anastasio.—La mariposa de alas azules, pág. 10.—Los encantos del árbol, pág. 208.
 A los amigos del Prof. García Monge, pág. 174.
 Alvarez y Alvarez, Rafael.—Dos tesis opuestas, pág. 116.
 Amighetti, Francisco.—Apuntes, pág. 41.
 Andino, Pedro.—Semblanza de un hombre, pág. 185.
 Apaikán.—El indio Prudencio, pág. 431.
 Arce, José M.^a—Reseña, pág. 194.
 Arias, Augusto.—Esta carta..., pág. 8.—La mujer de piedra, pág. 8.—La vida íntima del Mariscal de Ayacucho, pág. 360.
 Arnold, Matthew.—Los grandes hombres de la cultura, pág. 353.
 Arum-Baruch.—El joven Rabí y el viejo maestro, pág. 413.
 A. S. C.—Con Eunice Odio, pág. 120.
 Azofeifa, Isaac Felipe.—Canto inaugural del Hombre, pág. 161.
 Joaquín García Monge, Maestro de América, pág. 188.—Son dos poemas, pág. 198.
 Barcia, Augusto.—La fe en Italia, pág. 223.
 Bartra, Augusto.—Al sur de tus manos, pág. 48.
 Barrenechea, Julio.—Nuestro negro Guillén, pág. 251.
 Baudrit, Fabio.—Cosas de Aquileo, pág. 50.—Pío Viquez, pág. 147.—Claudio González Rucavado, pág. 296.
 Belloso, Mercedes de.—Son diez poemas, pág. 249.
 Berrien, William.—Un aniversario significativo, pág. 165.
 Blasco Garzón, M.—Juan Ruiz y la libertad, pág. 84.
 Bolaños, Pío.—Adán Vivas, pág. 158.
 Bolaños, Pilar.—Romance de las tres niñas, pág. 213.
 Bonilla, Abelardo.—Doce dibujos nacionales de M. C. de C., pág. 42.
 Bonilla, Juanita de Dios.—Francia, pág. 52.
 Bosch, Juan.—Un acto de justicia, pág. 166.
 Brañas, César.—Roberto Brenes Mesén, pág. 193.
 Brenes de Rizo, Carlota.—Toda una vida para el bien, pág. 105.
 Brenes Hilarova, Fresia.—Costa Rica, pág. 285.—Roberto Brenes Mesén, pág. 424.—Plegaria y Nuestro jardín, pág. 423.
 Brenes Mesén, R.—Akhnaton en la Historia de las Religiones, pág. 81.—Peruanidad y cultura, pág. 213.—Reseñas bibliográficas, págs. 238, 259, 283, 297 y 318.—Asociación de Escritores y Artistas de América, pág. 366.—Tramonte, pág. 424.
 Brickell, Herschel.—Literatura Norte-Americana, pág. 98.
 Caligaris de Estrada, Yolanda.—Página lírica, pág. 198.
 Camino, Juan del.—Pienso que Omar vive..., pág. 129.
 Campoamor, Fernando G.—Eduardo Benes, pág. 136.
 Canal Ramírez, Gonzalo.—Juan Bimba, pág. 295.
 Cané, Luis.—Invitación a los escritores de nuestra América, pág. 359.
 Canessa González, Humberto.—Prisiones de Coto... 1921, p. 314.
 Cano de Castro, Ml.—La pintura de Max Jiménez y su doble, pág. 289.
 Capdevila, Arturo.—La cuestión judía, pág. 334.
 Capellán, Joaquín de.—¿De qué color eres?, pág. 199.
 Carazo, Juan J.—Esta carta..., pág. 166.—Es un comentario, pág. 370.—Brenes Mesén como precursor, pág. 420.
 Carbonell, Roberto.—Moneda y cultura, pág. 326.
 Cardona, Rafael.—Leyendo *Así es Costa Rica*, pág. 309.
 Cardona Lynch, A.—Mi padre y yo, pág. 316.
 Cardona Peña, Alfredo.—La obra de Bernal Díaz, pág. 104; — Primer Centenario del *Cosmos*, p. 265.—Las guarías, p. 358.
 Carrera Andrade, Jorge.—Lienzos y retratos de la colonia, p. 184.
 Caso, Quino.—Elogio de Don Joaquín García Monge, pág. 163.
 Castillo, Carlos M.—Leon Felipe, pág. 231.
 Castillo Ibarra, C.—Yo acuso, pág. 303.
 Castro de Jiménez, Auristela.—El retorno de los judíos a su patria, pág. 107.—Zulay y Yontá, pág. 301.—Carlos Izaguirre y Max Jiménez, pág. 343.—Ante todo, comprensión, pág. 421.
 Cejador, Julio.—Una carta al Sr. R. Brenes Mesén, a propósito de la *Gramática Histórica y Lógica de la Lengua Castellana*, pág. 372.
 Certad Aquiles.—Arturo Uslar Pietri, pág. 17.—Valores femeninos venezolanos, pág. 71.—Trópico de Pablo Rojas Guardia, pág. 137.—Joaquín García Monge y su *Repertorio Americano*, pág. 156.
 Congreso Pro-Independencia de Puerto Rico.—Mensaje, pág. 363.
 Convocatoria (Juegos Florales en México), pág. 380.
 Cordero Amador, Raúl.—Julián Marchena, pág. 119.
 Córdoba, Diego.—Gloria al Brasil, pág. 142.
 Corretjer, Juan Antonio.—Sobre la valoración del carácter, pág. 47.—Bayoán, el peregrino, pág. 125.—Cómo debemos responder a Churchill, pág. 252.
 Cortés Chacón, R.—Max. Jiménez, pág. 225.
 Coto, Rubén.—Margarita Esquivel, pág. 77.—Arenas de oro, pág. 146.—Flores humildes para Roosevelt el Grande, pág. 215.
 Cox, Patricia.—Dos cuentos, pág. 228.
 Crespo, Manuel.—Joaquín García Monge y su *Repertorio Americano*, pág. 14.
 Cruz Santos, Camilo.—Causas de la caída del régimen liberal de Colombia, pág. 302.—Lo presento, pág. 328.
 Cuadra, Pablo Antonio.—Antología del pobre, pág. 45.
 Cuervo, R. J.—Una carta, a propósito de la *Gramática Histórica y Lógica de la Lengua Castellana* de R. Brenes Mesén, pág. 368.
 Chacón y Calvo, José María.—García Monge y el *Repertorio Americano*, pág. 168.
 Chen Apuy, Hilda.—Evocando a Margarita Esquivel R., pág. 108.—Deva Dja, p. 312.—El entierro de los sueños, p. 389.
 Delgado, Ulises.—Acerca de Martí, pág. 200.
 Díaz Casanueva, Humberto.—Esta carta..., pág. 152.—A la memoria de Kathe Kollwitz, pág. 240.
 Dittel, Helia.—El viernes 4 de Enero..., pág. 154.—Don Ricardo Jiménez y la Escuela, pág. 313.
 Dobles, Fabián.—Memoria del recluta Iván, pág. 91.—Debajo está la voz que tiembla, pág. 148.—Saludo humilde al hombre ruso, pág. 284.
 Dobles Gonzalo.—Siete sonetos y un poema, pág. 27.—Homenaje, pág. 176.
 Dobles Segreda, Luis.—Alfredo Sierravalle, pág. 20.—Elogio del Pbro. Cascante, pág. 93.—Elogio de María Lourdes González, pág. 120.—La obra de don Joaquín García Monge, pág. 169.—Anastasio Alfaro González, pág. 201.
 Don Alfredo Greñas con sus amigos, pág. 187.
 Echeverría Loria, Arturo.—La exposición de M. C. de C., p. 43] El Colegio Superior de Señoritas acuerda, pág. 175.
 Enamorado Cuesta, J.—Tequendama, pág. 364.
 En el Club Rotario, pág. 177.
 Enjuto y Ferrán, Federico.—Hostos en su visión del siglo xx, pág. 241.
 Escobar Velado, Oswaldo.—Dos sonetos, pág. 347.
 Estrada, Gonzalo Emilio.—Soñar despierto..., pág. 349.
 Fernández, Enrique.—Canción de vida y redención, pág. 73.
 Fernández de Tinoco, María.—Apreciación sobre un motivo indígena en lírica de Costa Rica precolombina, pág. 65.—El indio Prudencio, pág. 431.
 Fernández Durán, Gerardo.—Presencia de Don Elías Jiménez, pág. 103.
 Fernández Mora, Carlos.—Oración a la Madre, pág. 61.—In memoriam, pág. 135.
 Figueira, Gastón.—Teresa Wilms Montt, pág. 277.—Hart Crane, pág. 374.
 Fernández Sessarego, Carlos.—Angustia en la vigilia, pág. 397.

- Figuls Quirós, Fernando.—Cosas vistas, pág. 140.
- Fisher, Peter.—La obra de Clarence Finlayson, pág. 390.
- Fonseca, Carlos Alberto.—Miryam Francis, pág. 127.
- Francis, Myriam.—Cuando florezcan las magnolias, pág. 36.—Tres poemas, pág. 127.—El regalo de Navidad, pág. 135.—Mi casita en las nubes, pág. 238.—La luz de sus ojos, p. 254.—Dos poemas, pág. 333.
- Frank, Waldo.—La Argentina de Sarmiento, pág. 113.
- Gallo, Antonio.—Crímenes de Biblioteca, pág. 131.
- Gamboa, Emma.—Estampas de Guatemala, pág. 120.—Omar Dengo, pág. 144.—Don Joaquín, pág. 153.—León Felipe, pág. 232.—Los presento, pág. 297.—Para Alberto Velázquez, pág. 423.
- García Games, Julia.—Hablemos claro, pág. 382.
- García Monge, J.—Venezuela maternal, p. 178.—Carta, p. 178.—Carta, pág. 190.—Cómo haría yo un diario a los costarricenses, pág. 192.—La cuestión judía, pág. 334.
- García O., Alfonso.—Bastan dos palabras, pág. 172.
- Gerchunoff, Alberto.—La guerra de los judíos, pág. 363.
- Gómez, Ysola.—Carta abierta, pág. 24.—Meditación sobre cosas viejas, pág. 222.
- Gómez de Mayorga, Ana.—La selección de la especie, pág. 301.
- González, Eugenio.—El borrón de la hispanidad, pág. 102.
- González, Luisa.—No quiero que mi hija sea otra mula de carga, pág. 106.—La plancha negra, pág. 292.
- González Arrili, B.—La amistad, pág. 381.
- González Flores, Manuel.—Manifiesto a los poetas, pág. 320.
- González, Pedro Manuel.—Esta carta..., pág. 321.
- Gringoire, Pedro.—García Monge y el pulso de América, p. 152.
- Gris.—Nora Lange, p. 355.
- Guillén, Nicolás.—Poemas venezolanos, pág. 226.—Discurso, pág. 385.
- Gutiérrez, Joaquín.—Versos, pág. 142.—Comentario, pág. 350.—¿Hay una Literatura costarricense contemporánea?, p. 414.—
- Henríquez Ureña, Pedro.—Que sobreviva y que se reanime, pág. 178.
- Hernández P., Félix.—El Cerro del Encanto, pág. 367.
- Hernández P., Rubén.—García Monge y el Premio Cabot, p. 190.
- Hernández U., Mario.—Canto al Mtro. García Monge, p. 185.—Un poema de la ausencia, pág. 312.
- Homenaje a Margarita Esquivel Rohrmoser (Varios testimonios), págs. 58 a 60.
- Homenaje a la memoria de Verdaguer (Varios documentos), págs. 115 a 116.
- Homenaje a un maestro (Elías Ernesto Quijano), págs. 409 a 411.
- Ibarbourou, Juana de.—Una carta autógrafa, pág. 402.—Burrito Santo, pág. 408.
- Iduarte, Andrés.—Sobre el doblaje de películas en Nueva York, pág. 246.
- INDICE del tomo XLII (Autores y asuntos), págs. 433 a 435.
- Investigador.—Dos hojas más sobre ciencia social, pág. 116.
- Jiménez Max.—Más sobre Cano, pág. 40.—Salidas, pág. 190.
- Jenkins Dobles, Eduardo.—Poema, p. 110.—Poema, pág. 151.—
- Jiménez Alpizar, Ricardo.—La botija de ñor Pincho Perras, pág. 84.
- Jinesta, Carlos.—J. García Monge, pág. 191.—Hagamos este elogio, pág. 354.
- Jugo, Román.—Deuda saldada, p. 78.—Incertidumbre, p. 268.—Somos iguales, p. 350.—El caballo viejo, pág. 397.
- Keith, Rafael W.—A propósito de la bomba atómica, pág. 92.
- Labarca H., Amando.—Alerta a las democracias, pág. 270.—Esas mujeres de hoy, pág. 293.
- Labarthe, Pedro Juan.—Son 3 cirios, pág. 28.—Visita a un distinguido escritor de Costa Rica, p. 162.—Ricardo Odnoposoff en Puerto Rico, pág. 230.
- Lachner Sandoval, V.—El papel que representa la mujer en los albores de la civilización, págs. 37, 53 y 69.
- Lars, Claudia.—Instante y elegía de un marino, pág. 243.
- Las cartas, págs. 22 y 23.—(A propósito de los 25 años del *Rep. Amer.*), págs. 178 a 183.
- Lee Tapia, Consuelo.—El imperialismo «bobo», pág. 378.
- León Felipe.—Esta carta..., pág. 233.
- Lizaso, Félix.—García Monge, gran americano, pág. 146.—Crisis de las Universidades argentinas, pág. 403.
- López de Meza, Luis.—Género literario indefinible, pág. 95.—Los problemas básicos del porvenir de la cultura iberoamericana, pág. 196.
- Lorz, Víctor.—Divagaciones de una pluma mostrenca, pág. 2.—Estampas de dos tiempos, pág. 111.—Civilización y libertad, pág. 277.—Dibujos sobre el Génesis, pág. 348.—Divagaciones de una pluma errante, pág. 386.
- Lowenthal, Maximiliano de.—Elías Jiménez Roja, pág. 105.
- Luarca, Francisco.—Historias baladíes, pág. 270.
- Luzuriaga, Lorenzo.—Una institución nueva antigua, p. 164.—Bernard Shaw y la educación, pág. 345.
- Machado de Arnao, Luz.—Dos sonetos, pág. 71.
- Maduro, Eduardo.—Esta es Panamá, p. 141.—*Tamborito*, p. 143.
- Manuel Cano de Castro y su Exposición de litografías, pág. 40.
- Magidoff, Robert.—Literatura norteamericana en Rusia, p. 426.
- Mañach, Jorge.—Duelo de José Antonio Ramos, pág. 321.
- Marín, Juan.—Juan Felipe Toruño, animador de las letras salvadoreñas, pág. 16.—El Cristo negro de Esquipulas o lo místico y mágico indo-español, pág. 67.—Socialismo de Estado en China hace dos mil años, pág. 142.
- Martín, Estela de.—El arte al servicio de la colectividad, pág. 61.
- Martínez, Alfredo.—La paz sea con nosotros, pág. 10.
- Martínez, José Luis.—Los escritores y el Estado, pág. 416.
- Martínez Leiva, Napoleón.—Voces por la cultura, pág. 250.
- Mata, Humberto G.—Una novela de Juan Marín, pág. 68.
- Mata Esquivel, Francisco.—Amarás a tu prójimo, pág. 375.
- Mejía Nieto, Arturo.—Dejó de existir Pedro Henríquez Ureña, pág. 222.
- Mensaje de los Apristas peruanos (Nº 1000 del *Rep. Amer.*), pág. 214.
- Meza Fuentes, Roberto.—Eternidad de Rubén Darío, pág. 305.
- Mistral, Gabriela.—Sobre el chileno Torres Ríoseco, pág. 33.
- Monge Alfaro, Carlos.—Joaquín García Monge, auténtica expresión de americanidad, pág. 168.
- Montalvo, Antonio.—Augusto Arias, pág. 8.—Tristeza y júbilo del arcoiris, pág. 9.—Elegía a la muerte de los combatientes aliados, pág. 219.
- Montenegro, Ernesto.—Los dos pontífices, pág. 286.—La cuestión judía, pág. 334.
- Montero Vega, Arturo.—Dos poemas, p. 204.
- Mora Salas, Enrique.—Apenas una voz, pág. 109.
- Morales, Luis.—Rondas y cantares, pág. 52.
- Montero Vega, Arturo.—Dos poesías, pág. 109.
- Neruda, Pablo.—Discurso (Despedida a Guillén), pág. 385.
- Noguera, María L. de.—Cuando viene la lluvia, pág. 60.
- Nos dijo P. J. Labarthe, pág. 251.
- Noticia de libros*, págs. 13, 29, 35, 63, 77, 123, 191, 255, 258, 315, 335, 336, 352, 365, 373, 384, 400 y 405.
- Nucete-Sardi, José.—Palabras para Martí, pág. 97.
- Ocampo, Victoria.—Gabriela Mistral y el Premio Nobel, p. 209.
- Odio, Benjamín.—Con el Apóstol, pág. 413.
- Odio, Eunice.—Página lírica, pág. 121.—Sobre la muerte de Fernando Brenes, p. 144.—Dos premios, p. 310.—Versos nuevos, p. 393.
- Oreamuno, Yolanda.—Valle alto, pág. 216.
- Ortega B., Ismael.—En su 29 viaje a Europa concibió Bolívar la idea de libertar la América, pág. 361.
- Ortiz, Fernando.—¡La paz tendrá que firmarse en Munich!, p. 36.—Ya sin guerra pero aún sin paz, p. 143.
- Orrego Vicuña, Eugenio.—Esta carta..., pág. 417.
- Padilla, Rosario de.—Seis poesías, p. 88.
- Palabras del editor, pág. 145.
- Pallais, Azarías H.—Las siete glosas de los ladrones, p. 253.
- Parra, Aristides.—La renuncia y el deber, p. 235.
- Pérez, Emma.—Homenaje, p. 162.
- Pérez Chaverri, Allen.—Dos poesías, p. 109.—El sabanero Miguel Lara, p. 139.—Don Joaquín de la quijotería p. 288.—Son dos poemas, p. 308.
- Picón Salas, Mariano.—Sociología del invento inútil, p. 371.
- Pijoán, José.—La cantidad, p. 145.—En voz alta, p. 211.
- Pinilla, Norberto.—Perfil de la obra de Gabriela Mistral, p. 273.
- Prado Sacasa, Alicia.—Una estrella dormida, p. 269.
- Presencia de Santa Ana, El Salvador (En el propósito de una imprenta para el *Repertorio*), pág. 378.
- Presencia del Ecuador en los 25 años cumplidos del *Rep. Amer.*, págs. 3 a 7 (Varios documentos).
- Prieto, Emilia.—La exposición de C. de C., p. 42.—Masmontes y el sentido indo-americano del canto, p. 202.—Jota y ballet, p. 245.—Dos poemas de Eunice Odio, p. 310.
- Ramos, Lilia.—Se nos fue Margarita Esquivel, p. 108.—Semo, el mago de la cámara, p. 263.

- Ramos Valverde, Gabriel.—Así es México, p. 79.
 Reni, Aníbal.—Tradiciones del quiché, p. 284.
Repertorio Americano (Testimonios de aprecio), págs. 54 y 55.
 Reyes, Alfonso.—La vieja lira, p. 184.—En memoria de Antonio Caso, p. 264.—Visita a la clase ociosa, p. 280.
 Riera Llorca, Vicenc.—El marinero, p. 197.
 Rodríguez, Corina.—Mitzuko, p. 122.—Don Joaquín, p. 184.
 Leon Felipe Camino, p. 233.—Pedro Juan Labarthe, p. 248.
 Añoranza, p. 347.
 Rodríguez, José Angel.—Nuestra opción política es: O tiranía o República, p. 206.
 Rojas, Manuel.—¿Paz en Europa?, p. 195.
 Rojas Guardia, Pablo.—Dos poemas, p. 141.
 Rolland, Romain.—Más allá, p. 412.
 Romero, Francisco.—Palabras para Don Joaquín, p. 149.
 Romero, Ramón.—*Ecce Pericles*, p. 392.
 Saborío, Alfredo.—Canto a Bolívar, p. 72.
 Sáenz, Adela de.—Don Joaquín García Monge, p. 153.
 Sáenz, Carlos Luis.—La Casita de Don Miguel, p. 78.—El papel del maestro en la educación sanitaria, p. 290.
 Salarrúe.—La escultura de Marina Núñez del Prado y su simbolismo continental, p. 369.
 Salas C. F., Angel.—Joaquín García Monge, p. 185.
 Salas M., Rafael.—El bien que me hizo, pág. 172.—Allí estuvimos..., p. 183.
 Salas Pérez, José Joaquín.—Misión profética, p. 185.—Esto digo..., pág. 188.—Se ha dormido el mar, p. 327.
 Salazar Herrera, Carlos.—La montaña, p. 77.—El beso, p. 404.
 Salazar Quesada, Roberto.—Canto de Otoño, p. 23.—Meditación, p. 374.—En la selva, p. 376.
 Sánchez, Luis Alberto.—Estos rusos de siempre..., p. 375.
 Sánchez Trincado, J. L.—La invención de figuras novelescas, p. 398.
 Sancho, Alfredo.—Amiguetti, p. 56.
 Sanín Cano, B.—Argentinidad y americanismo, p. 49.—Las naciones pequeñas, p. 102.—La prensa de ideas, p. 134.
 Henríquez Ureña, p. 257.—¿Galgos o podencos?, p. 306.
 La cuestión judía, página 334.—Baja de valores preciosos, pág. 353.
 Santos, Ninfa.—Son 5 poemas, p. 342.
 Schultz de Mantovani, Fryda.—Son 7 poemas, p. 298.
 Segura Méndez, Manuel.—Antonio Zelaya, p. 25.—Max Jiménez, p. 78.—*Repertorio Americano*, págs. 172 y 188.—Romance patrio, p. 319.
 Simbad, pág. 383 y 422.
 Soriano, Juanita.—Poesías, p. 282.
 Sotela, Amalia de.—Son dos páginas, pág. 269.—Típicas bellezas, pág. 407.
 Soto Esquivel, Reinaldo.—Carta a don Joaquín García Monge, pág. 189.
 Stone, Doris.—Apuntes sobre el idioma brunka, p. 337.
 Téllez, Hernando.—El caudillismo político, p. 391.
 Tercer Centenario de la muerte de Quevedo, p. 22.
 Terán Gómez, Luis.—Un abanderado de la democracia, p. 311.
 Thompson, Emmanuel.—Semblanza de Joaquín García Monge, página 173.
 Toruño, Juan Felipe.—Juanita Soriano. Su poesía, p. 28.
 Torre, Manuel.—Presencia del último poeta épico, p. 114.
 Torres, Elena.—Con la colonia israelita de México, p. 24.
 Torres, Luis F.—Venezuela y nosotros, p. 126.
 Torres Río seco, A.—5 poesías nuevas, p. 376.
 Tovar y R., Enrique D.—En los días de la victoria, p. 46.
 Tovar, Mariano.—Recordando a Rogelio Sotela, p. 186.
 Tovar, Rómulo.—Esta es la enseñanza..., p. 150.—El sapo y la pordiosera, p. 267.—Nuestra América, p. 340.
 Trigueros de León.—Gabriela Mistral, p. 239.
 Ugalde G., Raul.—Iniciativa que acogemos (Premio Nobel para Juana de Ibarbourou), p. 373.
 Ugarte, Manuel.—El caso argentino, p. 87.
 Un centenario que nos interesa, p. 308.
 Unamuno, Miguel de.—Sobre el Parlamento o Palabramiento, página 203.
 Ureña M., Gabriel.—La voz de los desamparados, página 177.
 Uribe, Eduardo.—Dos sonetos, p. 110.
 Valle, Rafael Heliodoro.—Nuestra América, páginas 257, 284, 307, 364, 395 y 420.
 Valenciano, Rosendo.—Himno de la Escuela García Monge, página 177.
 Vargas, Humberto.—El periodista, p. 124.
 Vargas, Leon.—Al Maestro García Monge, p. 186.
 Vargas Coto, Joaquín.—Las palabras finales, p. 155.
 Vargas Montero, José.—Lisímaco Chavarría en la Escuela de Tabarcia, p. 39.
 Varias firmas y documentos.—Con don Alfredo Greñas (Homenaje), págs. 329 a 333.
 Varios.—Leon Felipe en Costa Rica, p. 232.
 Varios.—Pedro Juan Labarthe en Costa Rica, p. 248.
 Vasconcelos, José.—Desde arriba, p. 299.
 Vega O., Jesús.—Codorniz, p. 381.
 Velázquez, Alberto.—El niño, p. 223.—Elogio de Emma Gamboa, p. 408.
 Venegas Filardo, P.—Palabras, p. 191.
 Verbel G., Mauricio.—Obsesión de infinito, p. 343.—8 poesías, página 406.
 Vidal, Fabián.—La traición de los letrados, p. 294.
 Viera Altamirano, Napoleón.—Lo que hay debajo del sol, p. 236.
 Vilchis Baz, Carmen.—La tradición, p. 389.
 Villalobos Rojas, J. Francisco.—Salve Roosevelt!—p. 44. Más allá del dolor, p. 143.—Polvo de mármol, p. 235.—Dios, p. 261.—Nueva York, p. 333.—Del que manda, pág. 432.
 Villaronga, Luis.—El sentido del paisaje, p. 126.—El aplauso de América, p. 172.—La libertad del campo, p. 260.—Juana de Ibarbourou, p. 401.—Carta, pág. 428.
 Vincenzi, Moisés.—Una carta y un poema, p. 62.—Son tres sonetos, p. 185.
 Vives, Lorenzo.—De los libros, p. 76.—Joaquín García Monge, p. 187.—Max Jiménez, p. 237.—De Hércules a la lira, pág. 259.—Un libro de Luis Villaronga, p. 368.
 Yamuni, Vera.—A ella, que me dejó su voz, p. 212.
 Zamora, C. E.—Lo que no se rinde nunca, 205.
 Zavala, Jesús.—De la naturaleza del arte, p. 324.
 Zelaya, Antonio.—Clodomiro Picado Twilight, p. 25. El Maestro García Monge, p. 160.
 Zeledón, José María.—Carta, p. 91.—Aquí estamos, p. 149. Motivos de la guerra, p. 167.
 Zeledón, Marco Tulio.—*Vértice*, p. 124.
 Zendejas, Josefina.—Resiste hoy..., p. 283.—Graciana Álvarez del Castillo de Chacón, p. 396.
 Zulueta, Luis de.—Centenario de Verdader, p. 113.—Frente a la bomba atómica, p. 133.—Diálogo de los mares, p. 266.—Creencia sin conciencia, p. 319.—La angustia actual, p. 344. Fragmentos de hombres, p. 377.—El mito de nuestro tiempo, pág. 430.
 Zúñiga Pallais, Manuel.—Movimiento en pro de *Repertorio Americano*, p. 339.



(Dibujo de J. Ml. Sánchez.)

El Servicio Más Rápido a
NEW ORLEANS
en nuevos y lujosos
Tetramotores DC-4



TACA AIRWAYS está ofreciendo ahora el más conveniente servicio aéreo a NUEVA ORLEANS en estos Douglas DC-4, a los cuales se les ha montado sólo 44 cómodas butacas para que el viajero disfrute del mayor confort y comodidad.

DOS BELLAS «STEWARDESESS», UNA DE HABLA INGLESA Y OTRA DE HABLA ESPAÑOLA, SE ENCARGAN DE ATENDER AL VIAJERO COMO SI ESTUVIERA EN SU PROPIA CASA, OFRECIÉNDOLE COMIDAS Y BEBIDAS FRIAS O CALIENTES, CORTESIA DE **TACA**.

COMPANIA TACA DE COSTA RICA, S. A.

TACA AIRWAYS *System.*

Conexiones directas a New Orleans y Miami por compañías afiliadas TACA